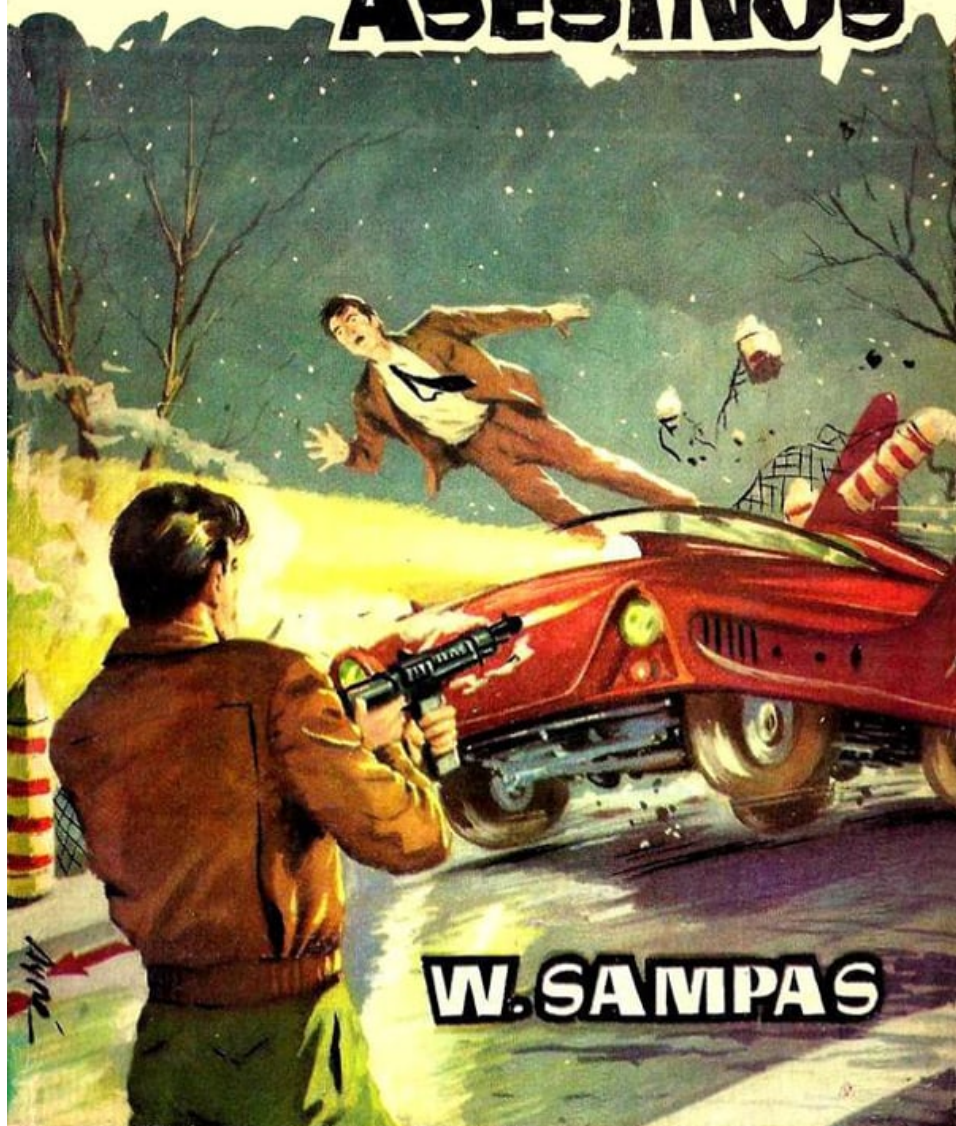


FÁBRICA DE ASESINOS



W. SAMPAS

FÁBRICA DE ASESINOS



Fábrica de asesinos

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51 — 63
B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. —1960
Depósito legal: B. 8470 — 1960
Número de Registro: 3309 — 60

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 — 53—
Barcelona

FÁBRICA de ASESINOS



CAPÍTULO PRIMERO



O lamentable —dijo Leo, entre dientes, sin volverse— es que no haya sido Raph el muerto.

Estaba frente al espejo, anudándose la corbata negra con gestos precisos, mirándose al mismo tiempo con detalle, comprobando cómo los años habían ido estropeando su rostro, surcándolo de trazos oscuros, apagando el brillo de sus pupilas, poniendo en la comisura de los labios una línea descendente que daba aquel rictus amargo a la expresión de su boca.

Viendo que Gilda no hacía comentario alguno a lo que acababa de decir, se movió un poco, siempre ante el espejo, de modo a ampliar su campo de visión, lo que le permitió ver a su mujer, que, sentada en el lecho, se estaba calzando.

—¿No me has oído? —insistió, volviéndose esta vez, con la corbata aún entre los dedos.

Gilda luchaba desesperadamente con el zapato negro que se había comprado aquella mañana. Tenía los labios apretados y unas gotitas de sudor perlaban el doble mentón que ninguna clase de masajes ni cremas habían logrado disminuir.

Había oído las palabras de su esposo, pero en aquel momento todas sus energías y toda su atención estaban concentradas en el zapato.

Había adquirido un número inferior al que calzaba corrientemente. Y por nada del mundo habría cedido a aquel capricho, ya que deseaba demostrar a su cuñada que todavía podía

presumir de tener un pie pequeño.

Los ojos de Leo brillaron, coléricamente.

Acercándose un poco más a su mujer, gritó:

—¡Eres imposible!

Pero ella, que con un suspiro de satisfacción acababa de lograr su objetivo, se volvió, iracunda.

—¡Tú sí que eres imposible, Leo! ¿No te has dado cuenta de que no podía contestarte? ¡Claro que te he oído! Y aunque no lo hubiese hecho, sabría de memoria lo que habrías dicho, ya que llevo veinte años oyéndote desear la muerte a tu hermano Raph.

—¿Y no estás de acuerdo conmigo?

—¡Claro que sí! Demasiado lo sabes. Pero, por desgracia, ha tenido que ser Sam quien muriese.

—¡También me importa un bledo que haya muerto ése! Después de todo, fue más afortunado que yo.

—¡La culpa la tuvo tu querido papá!

—Es verdad —dijo él, volviendo ante el espejo, con una expresión más sombría aún.

—¡Tu honorable padre! —siguió diciendo la mujer, levantándose la falda para admirar los zapatos negros—. ¡Menudo pájaro! No podía hacer las cosas como todo el mundo y tuvo que ocurrírsele la originalidad de distribuir su herencia como si sus hijos hubieran sido sus alumnos.

—Yo creo —dijo él, prudentemente, como si deseara quitar un poco de culpa a su padre— que, en los últimos tiempos, había perdido un poco su carácter... ¿no te parece?

—¡Loco! ¡Loco como un cencerro estaba entonces! Como lo había estado durante toda su vida. ¿A quién se le ocurre distribuir sus bienes siguiendo una puntuación que iba anotando cada día? Recuerdo sus palabras: «Hijos míos, la vida es una gran escuela y en ella obtenemos buenas y malas notas... Tengo un cuaderno destinado a vosotros tres. Aquel que tendrá la mejor puntuación, cuando yo muera, se llevará la mayor parte de mis bienes, los otros, en relación a la puntuación obtenida, recibirán lo que merezcan...» ¡Maldito loco!

—No debes hablar así, Gilda...

—¡Bah! ¡Cuántas veces te he oído estas mismas palabras! Porque no irás a negarme que un tipo así no es normal. ¿No?

—Sí, pero...

—¡Nada de peros! Porque, además, nunca hemos sabido qué contenían esos famosos cuadernos ni cómo juzgó las «notas» de cada uno. ¿Qué hizo Raph más que tú?

—Estuvo a su lado y lo cuidó durante su larga enfermedad.

—¡Lo de siempre! ¿Y Sam? ¿Por qué percibió más del doble de la miseria que nos dieron a nosotros?

—Fue a verle dos veces.

—¡Ya lo sé! ¿Qué culpa teníamos nosotros de estar tan lejos y de tener tan poco dinero para el viaje?

—Recuerda que te dije, entonces, que podías acercarte a casa para cuidar de mi padre. Pero tú estabas muy ilusionada con las fiestas de Nueva York, con tus amigas, con el golf. La verdad es que las cosas no nos iban mal del todo. ¡Si me hubieras escuchado, otro gallo nos cantaría!

Gilda protestó:

—¡No digas idioteces! Yo tenía poco más de veinte años. ¿Y querías que me encerrase con un viejo majareta, en plena juventud? ¿Qué hubiera sacado en limpio?

—Su fortuna.

—Pero la hubieras gozado tú, al estar solo esos cinco años largos que duró su enfermedad.

—¡No discutamos, por favor!

—¡Qué gracioso! ¡Dejarte solo en Nueva York, mientras yo iba a enterrarme en vida! ¡Que te crees tú eso! ¡No soy tan idiota!

—¡Basta!

Había terminado de anudarse la corbata y empezó a ponerse la chaqueta, de su traje gris recién teñido.

Hubo un largo silencio, sólo cortado por el fru-fru de las ropas que la mujer se ponía, junto al lecho, mirándose en el espejo de la consola.

Fue ella quien rompió aquel silencio:

—¿Crees que dejará mucho?

—No lo sé.

—Naturalmente, lo habrá partido en dos partes.

—Sí.

—¡Otro granuja! Ya que iba a morir, podía haberse acordado de nosotros, sabiendo que fuimos los que cogimos menos de la

fortuna de tu padre.

—A lo mejor lo ha hecho así.

—¡No te hagas ilusiones! Aunque, si lo ha hecho, ha cumplido sencillamente con su deber.

—No tenía ningún deber hacia nosotros.

—Es posible; pero él era el único soltero y nosotros los únicos que tenemos una hija: tu hermano Raph no tiene más que a la puerca de su mujer.

—¡Retén la lengua, por favor!

—No irás a defender a tu cuñadita, ¿verdad?

—Yo no defiendo a nadie.

—¡Eso es lo que tendríamos que saber! Naturalmente, Elsie es más joven que yo y ha tenido la suerte de tener un marido que ha sabido procurarle todo lo que ella deseaba.

—Basta.

Furioso, Leo abandonó la estancia, dando un portazo formidable.

Una vez en el salón, anejo a la habitación del matrimonio, Leo se dirigió al mueble bar, sirviéndose un doble «whisky», al que no agregó ni una sola gota de soda.

La imagen de su mujer estaba presente ahora ante sus ojos, como si una cámara cinematográfica la proyectase sobre la pared. Frunció el entrecejo, experimentando un odio intenso hacia aquella mujer que le había amargado la vida, mucho más que la caprichosa idea hereditaria de su fallecido padre.

Bebió el contenido del vaso sin respirar.

El agradable calorcillo que el alcohol puso en su estómago calmó un tanto su mal humor. Después de todo, la muerte de Sam podía mejorar un poco la situación endeble de sus economías y calmar a su mujer; unos cuantos regalos podrían suavizarle el carácter.

Se dejó caer en un sillón, justo cuando Gilda, completamente vestida, salía del cuarto.

—¿No crees que deberíamos haber hecho venir a Marión para el entierro de su tío?

Leo se encogió de hombros.

—No había mucho tiempo disponible —dijo, después de una pausa—. Hubiera tenido que venir en avión.

—¿Y por qué no?

—Porque cuesta muy caro.

Ella se miraba las uñas, soplándoselas para que acabasen de secarse.

—Puede que tengas razón. Además, Marión no hubiera hecho nada por aquí.

Leo consultó el reloj.

—Tendremos que salir dentro de quince minutos. ¿Estás preparada?

—¿No lo ves?

—El entierro es a las once, y a las doce tendremos que estar con el notario para que lea el testamento de Sam.

Se miraron, sin decirse nada, con esa compenetración que llega a haber en un matrimonio, cuando los dos cónyuges poseen, desde siempre, un mismo y ambicioso objetivo.

* * *

Desde el cementerio, donde habían quedado los restos de Sam Council, muerto en Boston, pero cuyo cadáver había sido enviado a Los Ángeles para ser enterrado en el panteón familiar, los coches se dirigieron a la ciudad, deteniéndose, quince minutos más tarde, ante la casa del notario.

Durante el camino, Gilda no dejó de hacer comentarios ante su esposo que, haciéndose el distraído, guiaba el viejo y demodado vehículo, siguiendo al colosal bírreactor «Cadillac» del hermano rico.

—¿Has visto el vestido de Elsie?

—No entiendo de vestidos.

—Pues yo sí. Seguro que se lo ha encargado al mejor modisto de Los Ángeles, aunque también es posible que se lo hayan enviado de Nueva York.

—Posible.

Gilda insistió:

—¿Y el coche? ¡Fíjate, Leo!

Sin poderlo evitar, el hombre levantó un poco los ojos, viendo la suntuosa línea del auto que les precedía.

—¡Eso es un automóvil y no el nuestro! ¡Fíjate qué líneas! Ha debido costar una fortuna. ¡Y pensar que nosotros podíamos tener uno igual!

Leo no dijo nada.

—¡Y todo por la culpa de aquel viejo loco!

—¿Quieres dejarme un poco tranquilo, Gilda? De nada va a servirnos ya protestar. Llevamos quince años haciéndolo. ¿No es bastante?

—¡Hasta que muera estaré rabiando!

—Allá tú. Yo ya me he amargado bastante la existencia.

Pero mentía.

En realidad, se había fijado en todo, en el vestido de Elsie, que le sentaba maravillosamente bien, en el traje de Raph, cortado por el mejor sastre, en el uniforme severo del chófer, en el magnífico coche.

Y había experimentado, con una fuerza descomunal, un odio atroz hacia aquel hermano privilegiado, que gozaba de cosas que él, Leo, no tendría jamás.

El vehículo que les precedía se detuvo ante la casa. Y cuando se disponían a bajar vio salir a su hermano Raph, que se dirigió hacia él.

—He pensado, Leo, que podíamos llevarnos el notario a mi casa.

—No veo la necesidad.

—Verás: tengo unos invitados, gente de negocios, ¿sabes?, a los que no puedo abandonar mucho rato. Si nos vamos todos a casa, podremos hacer que el notario lea allí mismo el testamento, y vosotros podéis quedaros a almorzar con nosotros. Luego, si te parece, iremos a jugar un poco al golf mientras las mujeres charlan y toman el té. ¡Hace tanto tiempo que no habíamos estado juntos!

Gilda sonrió, encantada.

Intervino antes de que su marido pudiera decir algo:

—¡Estupendo, Raph! ¡Aceptamos tu invitación! Tienes razón: hace mucho tiempo que no estamos reunidos. Y ahora que la familia ha empequeñecido... por desgracia.

—¡Eres muy amable, Gilda! Voy a recoger al notario.

Se alejó.

Leo, mirando a su esposa, dijo:

—¿Es que no te das cuenta de que lo que quiere ese imbécil es pasarnos por las narices todas sus riquezas?

—No me importa.

—Eso es lo que dices ahora; pero cuando estemos de nuevo en

casa, tendré que soportar tus críticas, tu amarga envidia.

—¡Idiota!

El otro había salido con un hombre vestido de negro, seguramente el notario. Y antes de ir a su coche, hizo un gesto amistoso hacia el vehículo de Leo.

—¡Es todo un caballero! —suspiró Gilda.

Leo no dijo nada, mordiéndose los labios.

Pero, al arrancar, lo hizo brutalmente, de golpe, proyectando casi a su mujer contra el parabrisas.

—¡Ya podías tener más cuidado! —gruñó ésta molesta.

Cuando los dos vehículos penetraron, después de que les fue abierta la puerta de hierro, en la senda que cruzaba el parque de la mansión de los Council, de su hermano Raph, Leo, que no había estado nunca allí, sintió clavársele mucho más hondo la espina de la envidia y del odio.

¡Cómo vivía aquel granuja!

Poco después, ante la monumental escalinata, los coches se detenían definitivamente, descendiendo sus ocupantes. Elsie, la mujer de Raph, avanzó al encuentro de Gilda, exclamando:

—¡Querida! Ven conmigo y dejemos que los hombres se arreglen como quieran. ¿Sabes que te conservas muy bien?

Gilda se mordió los labios.

—Tú sí que estás preciosa, Elsie.

—¡No exageres!

Se cogieron del brazo, subiendo las escaleras.

Leo, junto a su coche, las siguió con la mirada, apareciéndole, con más fuerza que nunca, la diferencia entre las dos mujeres.

¡Hasta en aquello había tenido Raph más suerte que él!

Elsie se mantenía aún llena de juventud y lozanía, mientras Gilda, que engordaba a ojos vista, parecía una matrona de Rubens al lado de su estilizada cuñada.

La llegada de su hermano cortó el hilo de sus pesimistas ideas.

—¡Vamos, Leo!

Le cogió del brazo, subiendo, junto al notario, por la escalera.

Un uniformado ayuda de cámara les abrió la puerta, inclinándose ceremoniosamente.

El salón estaba lleno de gente, todos ellos impecablemente vestidos y pendientes de Raph desde la llegada del dueño de la casa,

pronto le rodearon, arrancándole de la presencia de Leo, que quedó solo, desamparado.

Por fortuna, poco después vino Raph a su encuentro, y con una sonrisa dijo:

—Perdona, querido hermano. Toda esta gente ha venido a estropear, en cierto modo, la velada que deseaba pasar contigo. ¿No te importaría pasar a mi despacho y oír la lectura del testamento del pobre Sam? Yo atenderé a mis invitados. Ya comprenderás que no me interesa mucho lo que Sam haya hecho...

—Lo comprendo.

—Ve, querido. Te esperaremos aquí. Antes de almorzar, haré que toda esta gente se vaya, y podremos gozar, solos, de un rato de intimidad, que bien nos merecemos.

—Como quieras.

El notario se acercó a ellos y Raph les siguió hasta el despacho. Una vez dentro, dijo:

—Aquí estarán bien aislados.

Luego desapareció, cerrando las puertas tras él.

Había una botella de «whisky» y una caja de habanos preparados sobre la mesa.

Sin poderlo evitar, Leo fue a sentarse en el imponente sillón de su hermano, arrellanándose, satisfecho, con el corazón latándole con fuerza en el pecho al imaginarse lo que sería de él de poder ocupar aquel sitio por derecho.

El notario, molesto, estaba en pie.

—Tome asiento, señor —dijo, amablemente, Leo.

Obedeció el otro.

Ted preguntó:

—¿Un trago? ¿Un habano?

—No bebo por las mañanas y el médico me ha prohibido fumar

—Bien. Yo no soy de esa opinión.

Y se sirvió un vaso, encendiendo un habano, recostado en su asiento y con los ojos entornados.

El hombre de leyes, que había abierto la cartera y extraído un sobre lacrado, tosió, para llamar la atención del otro.

Luego:

—¿Puedo proceder a la apertura del sobre, señor Council?

—¿Eh? —inquirió Leo, sobresaltándose, bajando del país

imaginario en que estaba sumido—. ¡Sí, léalo, por favor! ¿De verdad que no quiere una copa?

—No, gracias.

Hubo una pausa, silenciosa, sólo maculada por el ruido del papel al ser desgarrado, y luego por el del pliego al desdoblarse.

Casi enseguida, la voz monótona y profesional del letrado llegó hasta los oídos de Leo.

—«... mayor de edad, en pleno dominio de mis facultades mentales y sin coacción ni interés deliberado de ninguna clase, vengo a ordenar a mi notario la lectura de este testamento válido y definitivo por el que dispongo que la totalidad de mi fortuna, que asciende a un millón y medio de créditos, sea distribuida de la siguiente manera, ya que deseo respetar totalmente las ideas de mi difunto padre: un millón trescientos mil créditos serán entregados a mi hermano Raph, y el resto, doscientos mil, a mi hermano Leo. Firmo esto en... etcétera...»

Parecía que el elegante despacho empezaba a girar, como una peonza, alrededor suyo.

—Eso es todo, señor Council.

Tragó saliva, con visible dificultad.

El notario se había incorporado, y tras dejar el testamento sobre la mesa, se inclinó.

—Perdone, los trabajos pendientes me reclaman. Hasta la vista, señor Council,

Y salió, silenciosamente.

Leo se quedó allí, sentado, con la mirada vaga y perdida en una lejanía imposible. Había dejado el habano sobre el cenicero de oro macizo y el humo subía hacia el techo, pasando ante él, poniendo entre el mundo y sus ojos una nube azulada y tenue...

El testamento estaba sobre la mesa, allí donde lo había dejado el notario, poniendo una nota blanca sobre la madera oscura y exótica del mueble, que lo reflejaba, como un espejo negro.

Capítulo

II



YO supo exactamente cuándo abandonó el despacho, dejando sobre la mesa el maldito testamento, pero también sobre la mesa quedó la botella, casi vacía, de «Whisky» En el salón, la gente seguía haciendo ruido, hablando y riendo. Y él, como un extraño, como si todo aquello estuviese a mil leguas, atravesó el muro impávido de los asistentes, llegando al otro extremo de la amplísima estancia, donde se dejó caer en un sillón, lejos de los grupos animados.

Un camarero pasó ante él.

—¡Oiga!

El otro se inclinó ceremoniosamente.

—¿Qué desea el señor?

—¡«Whisky»! Tráigame una botella y un vaso... —y le guiñó el ojo.

Imperturbable, el camarero se irguió, y sin que ni un solo músculo de su cara se moviese:

—Puede contar conmigo, señor.

Se alejó, no tardando en volver con lo que Leo le había pedido. Descorchó la botella, sirvió un generoso vaso al invitado y dejó

aquella junto al sillón, sobre una mesita que trasladó allí.

—¡Así da gusto! —suspiró Leo, una vez solo—. Llamas a un tipo y tus caprichos se cumplen, convirtiéndose en realidad. Así da gusto...

—Es verdad.

Se sobresaltó.

Un hombre joven e impecablemente vestido estaba a su lado, con un vaso medio lleno en la mano.

—¿Decía usted? —inquirió Leo, frunciendo el entrecejo.

—Que es verdad que así da gusto: un capricho y... ¡paff!, helo ahí convertido en realidad. Como en las Mil y Una Noches.

Leo rio.

—¡Me es usted simpático! ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No he dicho nada.

—¡Ah!

—Pero me llamo Ted, Ted Howe...

—Yo soy Leo Council.

—Lo sabía.

—¿De veras?

—Si, Usted es el hermano pobre, el desheredado.

Los ojos de Leo brillaron, con rabia.

—No encuentro nada gracioso en eso.

—Ni yo tampoco. Por eso he venido aquí.

—¿Eh?

No contestó el otro, limitándose a arrastrar un sillón junto al de Leo.

Council se encogió de hombros, sirviéndose un nuevo vaso.

Pero después dijo:

—Si viene a decirme que soy un desdichado, a compadecerme, en una palabra... le echaré de mi lado a puntapiés.

—No podría.

—¿No?

—No. Ha bebido demasiado. Y, además, nunca fue capaz de ninguna violencia. En realidad, Leo Council, usted fue siempre un cobarde.

—¿No le parece ser muy atrevido?

—Escuche: usted nunca se decidió a nada; ha soportado a una mujer que hubiera degollado el más paciente de los hombres, ha

resistido un testamento caprichoso y anormal...

Leo miró al otro con una intensidad creciente.

—¿Quién demonios es usted? ¿Mi conciencia? Aunque nunca se me presenta así, en pleno día... ¿o es que estoy soñando?

—Está usted despierto, Leo, en el lujoso salón de la casa de su hermano Raph, del rico, del favorecido por la fortuna, del que tiene de todo, incluso una mujer joven y hermosa...

—¡Cállese!

—Duele, ¿eh?

—¡Cierre el pico!

—Tengo que hablar con usted, Leo: vengo como amigo... no lo olvide.

—¡No necesito la amistad de nadie!

—No lo crea. Déjeme hablar y verá si cambia de opinión.

Volvió Leo a encogerse de hombros. Pero, cuando iba a servirse de nuevo, el otro le detuvo, con un gesto rápido.

—¡No sea imbécil! Debe estar lo más sereno posible para oír lo que voy a decirle.

—¡Déjeme beber en paz y lárguese!

Pero el otro, sin hacer caso, continuó:

—¡Fíjese en esta casa, Leo! ¡No sea idiota! Es una de las más elegantes casas de Los Ángeles... vale millones. Hay un jardín estupendo, de más de mil acres, una piscina, un campo, de golf y un garaje con cinco coches, a cual más moderno...

Luego, bajando la voz:

—¡Todo puede ser suyo, Leo!

Council se estremeció.

Su mente salió velozmente de las brumas en las que la había sumido el alcohol ingerido. Y hasta su mirada se tornó activa, luminosa, alerta, como la de un buitre hambriento.

—¿Quiere burlarse de mí?

—No. Conozco, aunque le parezca mentira, el contenido del testamento que acaba de oír... ¡Doscientos mil miserables créditos!

—¿Cómo... lo sabe?

—Eso no importa. Lo que interesa es saber que todo, absolutamente todo, podría ser suyo.

—¿Cómo?

—Matando a Raph.

Los ojos de Leo se abrieron, de terror, mirando el rostro imperturbable de su interlocutor.

—¡Váyase! ¡Está usted loco!

Un gesto de desprecio apareció en los labios del otro.

—¡No sea necio, Leo! Ya sé que usted sería incapaz de matar una mosca: ya le dije antes que era un cobarde. Pero para eso he venido.

—¿Eh?

—Si usted lo ordena, su hermano morirá, y la herencia, por la otra cláusula del testamento de su padre, pasará, por entero, a usted.

—Ya lo sé...

—No hace falta más que usted lo desee y me lo ordene... y, naturalmente, me pague después.

—¿Cuánto pide?

El otro sonrió.

—¡No sea miserable! Está usted juzgando las cosas como si no fuese a ser uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos.

—¿Cuánto?

—Un millón.

—¡Mucho!

El otro rio, sonoramente.

—¡Viejo avaro! ¿Quiere que le diga a su mujer lo que le he dicho? ¡Seguro que me ofrecería el doble! ¡Ahora mismo!

Leo palideció.

—¡No! ¡No le diga nada, por favor! ¡Mi mujer no tiene que saber nada de esto!

—Comprendo...

Y después de una pausa, apremió:

—Entonces... ¿quedamos en un millón?

Leo tragó saliva con dificultad. Y con un susurro apañás audible aceptó:

—Sea por el millón.

—perfectamente.

Pero Council no estaba tranquilo.

Y bajando la voz:

—¿Quién va a... hacerlo?

—No se preocupe por eso, amigo. Poseemos una organización moderna y se hará todo de la mejor manera.

—¡Pero no olvide que todas las sospechas caerán sobre mí!

—Ya hemos pensado en todo eso: su hermano morirá en plena calle, cuando haya gente, cientos de testigos presenciales, de manera a que nadie dude de la identidad del asesino.

—¡Lo cogerán!

—No. Nuestra organización responde de ello.

Leo tenía miedo.

Aquella fría manera de convenir un crimen le ponía los cabellos de punta. Por otro lado, la expresión imperturbable del joven, su sonrisa, como la que hubiera ostentado un hombre de negocios al tratar de la venta de un mazo de acciones, le sacaba de sus casillas.

¿Podía ser posible o estaba soñando?

Se pellizcó, y el otro, al sorprender su gesto, dijo:

—Está despierto, Leo; despierto y en vísperas de convertirse en el dueño de todo esto... ¡Fíjese allí, junto al piano!

Leo siguió, con la mirada, la dirección que le indicaba el otro.

Y vio a Elsie.

Su cuñada hablaba con una dama.

—Le sienta bien el negro, ¿eh? —le susurró el joven al oído—. ¡Ya verá lo linda que será cuando se convierta en una de las más lindas viudas!

—¡Cállese! ¡Usted es el diablo en persona!

—¡No diga tonterías! Yo no soy más que el enviado de una nueva firma comercial, recientemente fundada, que se dedica a solucionar algunos problemas pequeños... como el suyo.

Se había puesto en pie.

E inclinándose ante el otro, añadió:

—Mi firma, señor Council, tendrá mucho gusto en realizar... a su entera satisfacción la operación que acaba usted de encargarme. ¡Hasta la vista, Leo!

Y se alejó, perdiéndose entre la gente.

Leo se secó el sudor que perlaba su frente e hizo un gesto hacia la botella; pero, incomprensiblemente, ni llegó a tocarla.

Encendió un cigarrillo con temblorosos dedos.

Fue entonces cuando vio que Gilda se le acercaba, sonriente, mirando a uno y otro lado, como si alguien pudiera prestar la menor atención en ella.

—¡Hola, querido! —exclamó, con una voz ficticia.

Lea sintió náuseas.

Ella se había sentado en el sillón que ocupó el joven Ted. Y después de un corto silencio, en voz baja, preguntó:

—¿Has leído el testamento?

—Sí.

—¿Cuánto para nosotros, pichoncito?

—Doscientos mil.

—¡No está mal! Una buena inyección a nuestro presupuesto, ¿eh, Leo?

Como su esposo no dijese nada, inquirió:

—¿Y para ellos?

—¡Un millón trescientos mil!

Se complació viendo que el color abandonaba el rostro de la mujer y que sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—¡Canalla!

—No alces la voz, querida. Pueden oírte.

—¡Que me oigan! ¡Son unos perros sucios, unos tramposos! ¡Seguro que han falsificado el testamento!

—¡Calla!

—Y encima, la puerca de tu cuñada me ofrecía un vestidito para Marión que deseaba comprarle en Nueva York. ¡Se lo tiraré a la cara!

Leo se había levantado y logró, no sin esfuerzo, llevarse a su mujer al jardín, donde la fue tranquilizando poco a poco, pero no del todo.

Finalmente, logrando que ella pretendiese una fuerte jaqueca, se despidió de su hermano, regresando a casa.

Durante el camino de vuelta, ella no dejó de despotricar. Y viendo que su esposo conservaba la tranquilidad y hasta una sonrisa, que flotaba en sus labios, chilló:

—¡Estoy avergonzada de ti!

—¿Sí?

—¿No me preguntas por qué?

—No.

—¡Pues te lo voy a decir!

—De acuerdo.

—¡No me interrumpas! Estoy avergonzada de ti porque esperaba que reaccionases de otra manera... ¡Cómo un hombre! Creía que

Ibas a decirle unas cuantas cosas a tu hermano, a ese cerdo cebado...

Y yo me hubiese encargado de sacudir el polvo a tu cuñada. La muy...!

—No debes ponerte así.

—Claro! ¡Ya te conozco! Y ahora ya puedo decir por qué te odio: ¡eres un cobarde!

Era la segunda vez que le llamaban cobarde en poco tiempo.

Pero ahora no le importaba.

Por eso, sonriendo, con la mirada fija en la circulación, sonrió:

—Sí; tienes razón, querida: soy un cobarde.

* * *

Leo penetró en el café en el que el joven le había citado.

Habían pasado dos días desde la reunión, en casa de su hermano, y no había podido conseguir la tranquilidad que deseaba.

Estaba nervioso, irritado, sin poder dormir.

Porque había llegado a la conclusión de que Ted, aquel muchacho de rostro imperturbable, se había reído a su costa, haciéndole concebir algo que, lógicamente, no podía ser más que un sueño.

La víspera se había levantado temprano, precipitándose a la calle para comprar todos los periódicos de la mañana, pero no encontró en ninguno de ellos la noticia que esperaba.

Pasó el día junto a la botella, haciéndose el sordo al chorro de injurias que la incansable Gilda lanzaba sobre él.

El día siguiente no fue nada alegre.

Hasta qué el correo le trajo una carta en la que Ted le citaba, aquella misma tarde, en un bar del centro.

Al entrar en el establecimiento, Leo notó que las piernas le temblaban un poco. Sobre todo al ver al joven sonriente, sentado en el fondo de la sala, con una naranjada ante él, sobre la mesa.

—¡Hola, señor Council!

—Hola...

Se sentó a su lado.

El otro comentó, alegremente:

—¿A qué viene esa cara de entierro, amigo mío?

—No estoy bien.

—Ya lo veo. Tendrá que cuidar sus nervios. Porque supongo que habrá sido la impaciencia la que le ha causado esa inquietud.

—En efecto.

—Pues no debe preocuparse.

—Creí que iban a hacerlo inmediatamente.

El otro enarcó las cejas.

—¡Caramba! Vaya prisa que tenemos ahora, ¿eh?

Y como Leo no dijese nada, añadió:

—La Sociedad que represento hace las cosas bien, señor Council. No queremos que ningún cliente nuestro formule la menor queja. La fecha fijada para la realización de la operación es mañana, a las once.

Un escalofrío recorrió la espalda de Leo.

—¿Ma...ña...na? —balbució.

—Sí. Por eso le he llamado. Deseo que mañana, por la mañana, desde las nueve a las doce, esté usted en un sitio donde haya la suficiente gente que lo conozca, para que puedan atestiguar de su presencia.

—¿Una coartada?

—En efecto. Ya ve usted que nos preocupamos por la completa impunidad de nuestros clientes.

—Sí...

Y después de una pausa, preguntó:

—Entonces... ¿será mañana?

—Sí. A las once. La víctima abandonará el Banco Federal a esa hora, dirigiéndose hacia el parque Well, donde le esperará su chófer junto al coche. Pero nunca llegará allí.

—¡Calle!

—¿Remordimientos?

—No, pero prefiero ignorar los detalles.

El otro se encogió de hombros.

—Como quiera, aunque ya los leerá en la prensa o se los contarán en la TV.

Se puso en pie.

—Procure no olvidar lo que le he dicho: de nueve a doce. Tampoco olvide que usted sería siempre el sospechoso número uno.

—Sí.

—Adiós. Ya le comunicaremos el momento para hacer efectivo el pago de la operación.

Leo le vio alejarse.

Durante una docena de minutos permaneció allí, inmóvil, como convertido en estatua. Después, sintiendo la necesidad de calmar su emoción fuera como fuese, llamó al camarero.

—¡Un «whisky» doble, aprisa!

—En seguida, señor.

Lo bebió de un solo trago, Y volvió a llamar al camarero.

—¿Qué le debo?

—Tres créditos, señor.

—Cóbrese también la naranjada de mi amigo.

—La pagó él al pedirla, señor.

—Bien.

Salió del bar, convencido como nunca de que aquel joven y la Sociedad que lo respaldaba no podían fallar.

Y sonrió, llamando a un taxi.

Capítulo

III



UEDO salir a dar una vuelta, Mike?

—¿Es que tienes que pedirme permiso?

Dink sonrió.

—Tú eres el jefe —repuso.

—¡Me estoy hartando de tus bromas! ¿Por qué no dejas de tomarme el pelo?

—Te hablo en serio. El «viejo» te ha nombrado jefe de nuestra delegación en Los Ángeles, en misión especial.

—¿Y qué importa eso? Los dos somos agentes y aquí no hay jefe que valga. Si quieres largarte, hazlo y no digas tonterías.

—Insisto en que te hablo en serio —repitió, tozudo, Dink Wood.

—¡Pues en serio te vas a la porral

—No te pongas así; además, aún no me has dicho qué es lo que hemos venido a hacer aquí.

El rostro del otro se ensombreció, guardando silencio unos segundos; después dijo:

—Recibí las instrucciones anoche.

—¿Y qué dicen?

Mike miró a su compañero.

—¿Recuerdas a Ernie Hobbs?

—¿No era aquel tipo loco que fue condenado por dejar que un idiota subiese a su aparato de propulsión... ¿cómo demonios era aquella propulsión?

—Helioenergética.

—¿Por el sol, no?

—Eso es. Te refrescaré la memoria, Dink: hace tres años, un hombre, un maníaco, del Instituto Técnico de Denver, en Colorado, convenció a uno de los empleados para que tripulase una astronave, monoplaça, que, según él, funcionaría por medio de un motor donde se había acumulado la energía del sol.

—¡Menudo loco!

—Lo era, puesto que la nave se estrelló y el desdichado piloto murió en el acto. Le detuvieron, procesándole, y el Tribunal le condenó, por homicidio por imprudencia, a diez años de prisión, enviándolo a la Penitenciaría de Wistonville.

—¿En Marte?

—Sí.

—¿Y qué más?

—Ernie se fugó hace dos semanas, sin que los idiotas de la prisión se percataran de su ausencia hasta hace muy poco.

—¿Cómo no pudieron darse cuenta de la fuga?

—Porque Hobbs obró de una manera muy inteligente: se hizo encerrar en las celdas de castigo, en los sótanos. Y nadie sabía que existía una pared débil en comunicación con el sistema de cloacas, que el preso utilizó para salir de allí.

—¿Y consiguió abandonar el planeta?

—Eso es lo que piensa Callowan. Y como todas las líneas de Marte nacen y acaban en Los Ángeles, nos ha enviado aquí para abrir los ojos, ya que las salidas de la ciudad están lo suficientemente vigiladas para que Ernie, si está en la ciudad, no pueda irse de ella.

—Comprendo. Eso quiere decir que nuestro pájaro tiene muchas posibilidades de estar aquí.

—Eso es.

—¿Te han enviado su foto?

—Sí —dijo Mike Leslie, abriendo uno de los cajones de la mesa. Tendió la foto al otro.

Ernie Hobbs era un hombre de unos treinta años, alto, espigado,

delgado, huesudo.

—¡No puede ir muy lejos con este aspecto!

—Ha podido cambiar de cara.

—Pero no de estatura ni de delgadez. Esta clase de tipos no cambian de cuerpo: es imposible.

—Tienes razón. Puede haber cambiado de cara, yendo a algún amigo que le practique la cirugía estética a escondidas, pero su delgadez no puede cambiarse.

—¿Ni con un tratamiento glandular?

—¡Veo que no has olvidado tus estudios! No, amigo mío... Un tratamiento de esa clase, dada la excesiva delgadez de Ernie, le causaría una enfermedad que le costaría la vida.

—Es cierto.

—Esto demuestra que Ernie tendrá que permanecer escondido y que nuestros esfuerzos, los tuyos, y los míos, han de ir dirigidos a descubrirle.

—Bien.

Mike sonrió.

—Eso no quiere decir que no puedas salir cuando quieras, aunque te ruego que aproveches todas las ocasiones para echar una ojeada a todos los tipos altos y desgarrados que veas.

—Que no serán pocos...

—Ya lo sé. No vayas a creer que el trabajito que el viejo nos ha encargado es sencillo.

—Bueno; ahora, por lo menos, que sé lo que buscamos, puedo ir por las calles con un objetivo concreto.

—Sí; un objetivo de casi ocho pies y pesando menos de cien libras.

—¡Un esqueleto viviente!

Se despidió Dink, saliendo a la soleada calle.

Una brisa fresca y agradable corría por las avenidas, dando a Los Ángeles ese delicioso perfume marino, que gozan las ciudades californianas por su proximidad al Pacífico.

Sin decidirse a coger uno de los vehículos que Callowan había puesto a su disposición, el joven agente descendió por una amplia avenida, penetrando, poco después, en un bar del centro, a uno de cuyos taburetes se encaramó.

Pidió un refresco.

Mientras bebía, dióse cuenta de que el bar estaba por su parte interior en comunicación con la antesala de un importante Banco. Al ver a los hombres de negocios moverse de un lado para otro, sonrió, pensando lo estupendo que era carecer de aquellas preocupaciones que llevaba consigo la ambición por el dinero.

«Un agente —se dijo— no gana mucho dinero, pero sí lo suficiente para despreciar esos quebraderos de cabeza que tiene esa clase de individuos que hormiguea allí dentro, yendo de ventanilla en ventanilla, como abejas a sus celdillas del panal...»

Miró la hora.

Eran las once menos cinco, y se dijo que, después el paseo que se había dado, bien podía permitirse un descanso de media hora en aquel bar. En cuanto a hombres larguiruchos...

Echando una ojeada a su alrededor, se percató de que no había nadie que tuviera la exagerada estatura del fugado. Mike tenía razón al decir que Ernie debía estar escondido, bien oculto.

—¿En qué pensaría?

Era difícil imaginarse lo que pasaría dentro del cerebro de aquel hombre, que debía sentirse positivamente acorralado, sin esperanzas en el momento en que cometiese la locura de salir a la calle.

Porque toda la policía de los Ángeles debía poseer la descripción de aquel tipo y cientos de agentes de paisano y de uniforme estarían dispuestos a lanzarse sobre cualquier individuo que tuviese más de siete pies de altura.

No, Ernie no estaba en una postura cómoda.

Además, ¿qué podía hacer?

Huir de la ciudad era imposible y realizar sus locuras, como aquella astronave helioenergética, no debía estar en sus pensamientos.

Por muy trastornado que estuviese.

Sin saber cómo, colocado como estaba junto a la pared transparente que daba a la avenida, siguió la marcha de un hombre que le llamó seguramente la atención por el corte impecable de su traje, por su señorial apariencia y por lo juvenil y dispuesto de su marcha.

¿Estaré así cuando tenga su edad?

Sonrió.

»¡Tonto! —pensó—. Él ha vivido una vida muelle y tú, cuando cumplas sus años, si es que los cumples y ninguna bala te corta la vida, estarás hecho cisco, cansado de correr de un lado para otro, con toda clase de tics nerviosos...»

No le agradaba la imagen que acababa de construir de sí mismo y miró, con envidia, al hombre que, en aquel momento, se disponía a cruzar la calle, dirigiéndose, sin duda, al parque donde su chófer, uniformado y ceremonioso, debía esperarle.

Pero entonces...

Un individuo que venía de la parte alta de la calle se detuvo a media docena de metros del hombre elegante, sacó su pistola y con una frialdad espantosa le disparó un tiro.

El hombre elegante se llevó las manos al pecho, dejando caer la cartera que llevaba en una de ellas, antes de desplomarse como un fardo.

Pero, en realidad, Dink no había visto aquella parte de la escena. Había saltado de su asiento, al mismo tiempo que su arma —una «Lüger» especial, de la SIP— aparecía instantáneamente en su mano como por ensalmo.

Salió como una tromba, a la calle, oyendo los gritos histéricos de las mujeres y las voces de algunos hombres.

—¡Ha sido ése!

—¡A él!

—¡Lo ha matado a sangre fría!

Mientras corría, Dink se dio cuenta de que el asesino le llevaba una buena ventaja, sorteando todos los obstáculos que se le oponían con una precisión matemática. Pero por algo había sido Wood campeón en la Escuela. Y lo demostró avanzando como una exhalación, no abriendo fuego por miedo de herir a alguno de los papanatas que, al paso del criminal, se limitaban a hacerse a un lado, aterrados, con los ojos desorbitados por el miedo.

Y, como suele ocurrir infaliblemente en tales ocasiones, los agentes y policías de la ciudad brillaban por su ausencia.

El asesino, al llegar junto a una calle estrecha, al lado de un edificio comercial de gran altura, tomó por ella, doblando la esquina y desapareciendo ante el agente.

Éste, redoblando el ímpetu de su marcha, llegó a la esquina, viendo que el otro no había corrido tanto como temía.

Entonces, seguro de sí mismo, disparó.

Cuando saltó de su taburete en el bar, al sacar su «Lüger» había colocado, mecánicamente, el dispositivo ametrallador con un movimiento que había pasado a ser un reflejo condicionado, una costumbre contra la que su conciencia no podía nada.

Salió la ráfaga y las balas, precisas, penetraron por la espalda del fugitivo Dink disminuyó su avance, esperando ver caer al otro.

Pero se quedó de piedra.

Porque el asesino, sin detenerse, prosiguió corriendo, hacia el extremo del callejón.

Wood disparó de nuevo.

¡Esta vez a la cabeza!

Hubiera jurado que ninguna de las balas se había perdido, llegando todas a su objetivo; pero el otro prosiguió su carrera como si nada, doblando la lejana esquina, fuera del alcance para el agente, que, estupefacto, había permanecido con la pistola en la mano, no dando crédito a lo que acababa de ver.

Un grupo de gente llegó entonces junto a él.

Y un policía armado y uniformado preguntó:

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

El policía preguntó:

—¿Ha sido usted quien ha disparado?

Dink sonrió, con tristeza.

Y echando una ojeada a la abertura lateral de su «Lüger», leyó la cifra, allí marcada:

—Sí —dijo—. He disparado diez y siete balas.

—¿Quién es usted?

—SIP.

El otro se cuadró, con respeto.

—Perdone, señor.

Y Dink, encogiéndose de hombros:

—No lo entiendo.

Iba el agente a preguntarle qué era lo que no entendía cuando un hombre, viniendo por el lugar por el que había desaparecido el asesino, llegó junto a ellos, respirando con dificultad.

Su rostro estaba blanco como el papel.

—¡Es... es... horrible! —exclamó, mirando al policía.

—¿Le ha visto usted? —inquirió el agente—. ¿Ha visto usted al asesino que huía?

El hombre asintió, sin decir palabra.

Luego, tras lanzar un profundo suspiro:

—«¡Horrible!» —miró a Dink—. . Usted disparó contra él, ¿verdad?

—Sí.

—Yo oí los tiros cuando llegaba casi a la esquina. Me detuve, no sabiendo qué hacer. Y entonces surgió él, corriendo sin parar, pasando junto a mí.

—¿Iba herido?

—¡Calle, por Dios! ¡Debía ir muerto!

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Lo vi! ¡Lo vi como les veo a ustedes ahora, puesto que pasó rozándome!

—¿Y qué vio?

—Su cara... Uno de los ojos pendía y tenía el cráneo abierto. ¡Qué horror! ¡Se le veía la masa encefálica, que le caía sobre el rostro!

Dink miró al hombre, severamente:

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Por completo.

—¿Sabe que tendrá que hacer una declaración?

—¡Haré las que sean! ¡Las que quieran! Pero que no me digan cómo es posible que un hombre, con la cabeza deshecha, sin un ojo, con la masa encefálica fuera, es capaz de correr, saltara un coche... y guiarlo él mismo.

—¿Cómo? ¿Cogió un coche?

—Sí. ¡Yo le vi!

Fueron todos hasta la esquina y el hombre les explicó, con todo detalle, lo que había visto.

Dink miraba el suelo.

Y dirigiéndose al agente indicó:

—Quédese aquí y que nadie toque nada en esta acera. Haré que los del laboratorio vengan.

—Bien, señor.

Dink se alejó, con un cúmulo de ideas raras en la cabeza.

Un coche le dejó en la Central de la Policía, desde donde llamó a

Mike, que le prometió reunirse con él inmediatamente.

Luego regresó al lugar del suceso, viendo que un cordón de policías, tanto en el sitio donde yacía el cadáver del hombre elegante, como en la zona que los especialistas tenían que examinar.

Mike llegó poco después y Wood le explicó, a grandes rasgos, lo que había pasado.

—Tendremos que esperar el análisis, ¿no te parece, Dink?

—Desde luego. Pero, si son como espero, tendrás que meterme en un manicomio.

—¡No digas tonterías!

Wood le miró, seriamente.

—¿Me conoces, Mike?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Me has visto tirar a una distancia de diez metros, con la «Lüger» en metralleta?

—Estoy seguro de que no fallarías ni un disparo.

—Eso creo yo.

—Pero tienes que pensar que hay hombres que son como caballos, con una vitalidad extraordinaria, capaces de continuar su huida a pesar de estar gravemente heridos.

—¡Imposible!

—¿No me crees?

—Sí. No me refiero a eso. En este caso, Mike, el tipo que tenía que haber caído muerto. ¡Si le volé la cabeza!

—Quizá muriera poco después.

—¡Te digo que debería haber caído ante mí! Recogeremos las balas y ellas te dirán la verdad.

—Esperemos, entonces. ¿Y cómo fue que estuvieses tan cerca?

—Había entrado a beber en un bar de la avenida, mirando a la gente que salía del Banco. Y entonces vi al asesino, a pocos pasos, como si estuviese en platea.

—¿Recuerdas los rasgos del asesino?

—Joven, menos de veinticinco años, moreno, con rostro vulgar, sin ninguna seña personal: es decir, espera, sí... Cejas muy pobladas e intensamente negras.

—¿Altura?

Dink sonrió.

—No, no es lo que piensas, Mike; ese tipo no tenía más de cinco pies y tres pulgadas.

—Bien. ¿Qué más?

—Andaba con una tranquilidad extraordinaria... ¡y corría como un verdadero demonio!

—Tú fuiste campeón.

—Por eso llegué junto a él. Date cuenta de que los que venían detrás de mi tardaron bastante en alcanzarme. Y si lo lograron es porque me paré, después de disparar. ¡Me quedé como una piedra!

—Lo comprendo.

Y después de una breve pausa, poniendo la mano sobre el hombro de su atribulado amigo, dijo:

—No te preocupes, Dink: ese tipo habrá ya pagado con la vida lo que ha hecho.

Capítulo IV



EO terminó la partida de póker cerca de las dos de la tarde. Después de haber pensado mucho qué clase de coartada le convenía más, juzgó que una buena partida, en un sitio visible en unión de un grupo de conocidos, podría constituir una prueba evidente de su inocencia.

Naturalmente, Leo no estaba en forma para el juego y perdió, sin parar, aunque en el fondo, y por vez primera en su vida, no tuviera el dinero la importancia que hasta entonces había poseído.

Cuando se levantó de la mesa de juego, notó que las piernas se negaban a sostenerle y hubo de hacer un verdadero esfuerzo para abandonar la sala, yendo por su coche, que tenía aparcado cerca de allí.

No se atrevió a detenerse para comprar un periódico. Una extraña emoción le había invadido y siguió su camino hasta pararse ante su casa, entrando en el interior con paso vacilante.

Pero allí estalló lo que no esperaba.

Gilda, con los ojos desorbitados y una expresión indefinible en el rostro, le miró.

Después, sin poder contenerse:

—¿De dónde vienes?

—He jugado una partida con unos amigos... y he perdido.

Espiaba la reacción de su esposa. Y se echó a temblar cuando vio que ella le sonreía.

—¿Has perdido mucho?

—Tres mil créditos.

—¡Ven a mis brazos, querido! ¿Qué importa que hayas perdido? ¡Es igual!

Intentó él desasirse de aquel abrigo que hacía ya muchísimo tiempo no significaba nada para él, pero tuvo que soportarlo.

Y ella, melosa como nunca, le dijo:

—Voy a darte una noticia extraordinaria, amor mío... Una noticia fenomenal. ¿Sabes que he llamado a nuestra hija?

Se desasíó de ella, mirándola fijamente.

—¿Eh? ¿Qué has llamado a Marión?

—Sí. Llegará esta tarde.

Leo preguntó:

—Pero, ¿para qué?

Había olvidado todo, en aquel momento, sorprendido por la decisión de su esposa.

Y ella; mirándole, para medir el efecto que haría en él la sorpresa producida por sus palabras:

—¡Tu hermano Raph ha muerto!

Tuvo que hacer un esfuerzo colosal para poner en su fisonomía la expresión que ella esperaba,

—¿Raph... muerto?

—Sí. Lo han asesinado al salir del Banco, esta mañana... La Televisión ha dado la noticia inmediatamente... ¡Somos ricos, Leo!

—¡Calla!

Ella le sonrió, hipócrita hasta lo indescriptible.

—Ya sé —dijo con un tono de voz capaz de causar náuseas al hombre de menos escrúpulos—. Ya sé que la muerte de nuestro querido hermano es un golpe muy duro... ¡era tan bueno!

—¡Calla!

Y entonces saltó ella, riendo a carcajadas, arrastrada por su histeria.

—¡Ricos! ¡Ricos, Leo! ¡Inmensamente ricos! Aquella casa, será nuestra. Y los coches. Y el dinero. Me compraré abrigos, vestidos, joyas... ¡Será maravilloso! ¡Me convertiré en la mujer más elegante

y envidiada de todo California!

Leo, en silencio, la miraba,

Casi sonrió, de asco, al pensar que aquella mujer, aún rodeada de joyas y pieles, seguiría siendo la misma, vulgar, brutal, espantosamente egoísta.

Y que su vida, después de un oasis corto, que duraría un par de meses, tornaría a ser el infierno que había comenzado hacía veintitrés años.

Ella hablaba, girando ante él, con su obesa personalidad, como si se hubiera convertido en una modelo, que ensayase traje tras traje.

Sin saber cómo, las palabras de aquel joven sonaron de nuevo en los oídos de Leo.

«¡Fíjese en su cuñadita, Council! ¡La viudez le sentará maravillosamente bien!».

Se estremeció.

La idea que se abría en su mente, en aquellos momentos, fue rechazada, pero con una energía que distaba mucho de ser honesta. En realidad, después de haberla alejado, la llamó voluntariamente de nuevo, complaciéndose en mirarla, dándole vueltas, encontrándola cada vez menos horrible, menos repugnante...

Gilda seguía vertiendo sobre él la verborrea imparable de sus estúpidos deseos.

—¡Un abrigo de visión legítimo! ¡Y un yate, Leo! ¡Un hermoso yate para pasear por el mundo! ¡Con las ganas que tenía de viajar como una verdadera señora!

Fue en aquel momento cuando el teléfono sonó, precipitándose la mujer al aparato. Y después de escuchar la voz, al otro lado, miró a su esposo:

—Es para ti, Leo.

Él fue hacia el aparato.

—¿Diga?

—Soy Ted.

—Sí.

—Tengo que verle.

—¿Cuándo?

—¿Puede salir ahora?

—Sí.

—Venga al bar donde nos encontramos.
—De acuerdo. Justamente deseaba verle.
—Le espero.

Colgó y sonriendo a su esposa:

—Voy a salir.

—¿Con tus amigos?

—No. Un señor al que tengo que ver.

—¡Pero tenemos que ir a casa de tu cuñada! Estaría mal que no fuésemos a acompañarle en estos dolorosos minutos... ¡La pobrecilla estará muy sola!

Leo se mordió los labios.

—Iremos al atardecer; es decir, tú puedes arreglarte e irte ahora. Yo iré después, con nuestra hija.

—Me parece bien.

Leo preguntó:

—¿En qué avión llega?

—Ha cogido el cohete intercontinental.

—Bien. Iré al espaciódromo a por ella. ¿Me esperarás en casa de Elsie?

—Sí, pero vete acostumbrándote a decir «nuestra casa». ¡Suenan maravillosamente bien! ¿No te parece?

Salió, sin decir nada, con una sensación de horrible repugnancia en el estómago.

Poco después se detenía en el bar, viendo que el joven estaba en la misma mesa que la vez anterior.

Se sentó, en silencio.

Y el otro, con una sonrisa, inquirió:

—¿Contento?

—Satisfecho —corrigió Leo.

La sonrisa se hizo más amplia en los labios de Ted.

—No importan las palabras. Lo que interesa son los hechos. Y ya ha podido comprobar que trabajamos bien.

—¿Seguro que no ha habido tropiezo alguno?

La sonrisa desapareció del rostro del joven.

—Sí, ha habido uno

—¡Lo temía!

—Pero, según cómo se le mire, no tiene demasiada importancia. Y después de una pausa:

—Nuestro agente, el que ha llevado a cabo la misión que le encomendamos, fue herido gravemente. Tuvo la mala suerte de que un policía estuviese por allí...

—¿Morirá? —inquirió Leo, con un escalofrío.

—Creo que no; pero el que haya sido herido modifica un poco la tarifa en qué quedamos...

Leo enarcó las cejas, pero no dijo nada.

El otro añadió:

—Serán doscientos mil más.

—Está bien.

Ted no pudo evitar una risita.

—Estaba seguro que no opondría usted dificultad alguna.

—No tiene importancia. ¿Cuándo he de pagar... la totalidad?

—No tenemos prisa. Esperaremos que se haya hecho usted cargo de la fortuna que ahora le pertenece y ya le pasaremos la factura.

—Es que...

Leo miraba al vaso que se había hecho servir, ya vacío, como si buscase en él la fuerza y la inspiración suficientes para seguir.

Extrañado por aquella actitud, Ted inquirió:

—¿Le ocurre algo, señor Council?

—No... —repuso el otro, con un hilo de voz—; es decir, sí... deseaba hacerle una pregunta.

—Diga.

—Verá, ya sabe que no puedo pagar la factura hasta que haya heredado. Lo entiende, ¿verdad?

—¡Naturalmente! Pero creo que le dije antes que no teníamos ninguna prisa por cobrar.

—Es que... —le costaba mucho encontrar las palabras— deseaba... contratarles de... nuevo.

—¿Eh? —inquirió Ted, con una sonrisa divertida—. ¡Caramba, señor Council! Está usted tomando gusto a esta clase de operaciones.

—¡No lo tome a risa, se lo suplico!

—Perdone, pero no he podido evitarlo.

Después de un cortó silencio, preguntó:

—¿De quién se trata ahora?

—De mi... esposa.

—¡Ah!

Leo miró al otro, con los ojos brillantes.

—¡Usted no puede comprenderlo, señor Howe! ¡Es horrible! Tan espantosa es mi vida al lado de esa mujer, qué preferiría perder todo lo que voy a poseer con tal de perderla, al mismo tiempo, de vista.

—No diga eso, señor Council; podría cogerle la palabra.

—Es una manera de hablar.

—Le he comprendido perfectamente,

—Bien. ¿Cuánto me costaría?

—Igual.

—Pero es que yo desearía...

—¿El qué?

Leo vaciló, sin atreverse a levantar la vista del vaso.

Luego, en voz baja:

—...que no se hiciese de la misma manera.

—Comprendo. ¿Cómo desea que se realice la operación?

—No sé...

Se pasó la mano por la frente, secándose el sudor frío que la perlaba.

Tras un silencio largo y penoso, agregó:

—Creo que usted podría decirlo mejor que yo; después de todo, es su profesión.

—Sí. No se preocupe: organizaremos la cosa de manera distinta.

—Me parece muy bien.

—¿Cuándo desea que se realice?

Nuevo estremecimiento de Leo que, reponiéndose enseguida, dijo:

—¡Cuanto antes!

Fue como un rugido que le saliese de lo más hondo, empapado en la rabia y el odio, contenidos desde hacía tantos años.

—De acuerdo: será usted servido.

Ted se puso en pie, extendiendo su brazo y ofreciendo su diestra a Leo:

—No volveré a molestarle, señor Council, a menos que usted desee mis servicios. Si así es, llame aquí y diga que me espera, dando la hora y la fecha. ¿Entendido?

—Sí —repuso Leo, estrechando la firme mano que le tendían.

Leo permaneció un rato en el bar, presa de pensamientos

contradictorios. Pero luego, cuando hubo pedido el tercer «whisky», su conciencia dejó de reñirle y se sintió mucho mejor.

«Debo ir en busca, de Marión-se dijo —pero antes voy a comer en cualquier parte... sólo, como lo estaré pronto hasta que...».

No terminó la idea que estaba concibiendo.

Le daba miedo que tanta felicidad pudiera ser cierta.

* * *

—No puedo quedarme más que unas horas —dijo Callowan, dejándose caer en uno de los sillones de la habitación que ocupaban sus dos agentes en Los Ángeles.

—No le esperábamos —dijo Mike.

—Me lo imagino. Pero voy a México y he pensado que no haría mal en ver cómo ibais por aquí.

—Mal —repuso Dink.

Donald sonrió.

—Todos los principios son malos. Y esta investigación, para capturar de nuevo a Ernie, creo que nos costará un poco.

—Es que ahora tenemos otro asunto sobre las espaldas.

—¿El asesinato de Raph Council?

—Sí.

—He leído algo durante el viaje. ¿Qué ha pasado?

Mike le hizo una detenida exposición de los hechos, ayudado por Dink, mostrándole después todos los papeles que habían llenado de notas.

—¿Se han recibido los análisis de los especialistas?

—Sí. Aquí están. Fíjese que se recogieron todas las balas tiradas por Dink y que todas ellas, como han demostrado los análisis espectroscópicos, atravesaron el cuerpo del asesino. Tres de ellas tenían partículas de masa encefálica. Además, las declaraciones de ese hombre a cuyo lado pasó el criminal no dejan lugar a duda.

—Comprendo.

—Pero hay algo más. Dos de los proyectiles tocaron una superficie metálica, puede ser que acerada.

—¿Llevaba una cota de mallas?

—No. Y eso es lo curioso. El acero fue tocado «después» de atravesarle; es decir, después de penetrar en el cuerpo. Hay, como

puede ver, una capa de materia orgánica, una de acero en polvo, y otra de materia orgánica, lo que demuestra, sin ninguna duda, que el acero estaba... «dentro del cuerpo».

—Ya veo. No hay duda de que el asesino debía haber sido intervenido y lleva algunos órganos metálicos, quizás un hueso o una articulación.

—Ésa, es la única explicación lógica.

Intervino Dink:

—Pero si era así, se trataba de un inválido...

—Evidentemente.

—¡No es posible! Un tipo con un hueso metálico no podía, correr como aquél. ¡Lo hacía como un demonio!

—No importa —replicó el jefe de la S. I. P.—: hay mutilados que se recuperan por completo.

—Pero ése debió morir.

—Es muy posible. Este dibujo, que han hecho los técnicos, estudiando la trayectoria de las balas que disparaste sobre él, demuestra que recibió más de la mitad en el pecho y el vientre. Y el resto en la cabeza.

—¡Suficiente carga de plomo para mandar a cualquiera al otro barrio!

—Desde luego.

Y tras una corta pausa, Callowan añadió:

—Está bien que os encarguéis de este caso, pero sin dejar el asunto Ernie a un lado.

—No se preocupe. Lo único que deseamos es encontrar un indicio, por pequeño que sea, para encontrar a ese larguirucho que, como pensamos Dink y yo, debe estar escondido.

—Es casi seguro.

—Y eso es, precisamente, lo que nos trae de cabeza. Los Ángeles es una ciudad demasiado grande para ir casa por casa,

—¡Nadie os manda hacer eso! —gruñó el «viejo»—. ¡Sería una estupidez!

Los otros callaron.

Donald, con el mismo tono áspero de voz, continuó:

—¡Os lo he dicho un millón de veces! Hay que saber esperar... Ernie está oculto, seguramente, temeroso de salir. Y hasta es posible que no lo haga nunca...

—¿Entonces? —se asombró Dink.

—Entonces, querido Wood, actuará. Lleva mucho, muchísimo veneno en el alma. No olvides que no es un hombre normal, sino un visionario. Empezó, antes de ser detenido, queriendo demostrar que iba a hacerse el dueño de todas las astronaves que volasen por el espacio. Si sus cálculos hubieran sido justos, el costo de los motores «helionergéticos» hubiese sido ruinoso para todas las demás Compañías...

Hizo una pausa.

—Pero fracasó —dijo, después—. Y no sólo fue el fracaso, sino el merecido castigo que debió sufrir. Merecido para la Ley, pero insultante, alevoso, inolvidable para él. ¿Crees que ha digerido aquello? ¡No, Dink! Ernie se ha convertido en un ser rencoroso, rezumando odio por todos los poros de su cuerpo, ardiendo en ansias de venganza.

«Por eso no tardará en obrar, querrá demostrarnos que sigue siendo, el más fuerte, el más inteligente. Y, por desgracia, nos lo demostrará a costa de vidas humanas, antes de que podamos echarle de nuevo la mano encima. Claro que esta vez no volverá a Marte, sino que irá, de cabeza, a la cámara electrónica.

»Sólo en ese momento podremos respirar tranquilos.

Capítulo

V



OS dos agentes de la S. I. P. penetraron en el edificio Central de la Policía de Los Ángeles, dirigiéndose a los laboratorios, donde ya les esperaba el comisario general, Tora Farrel.

Los tres hombres se estrecharon la mano.

—¿Se ha ido ya el «jefazo» —inquirió Farrel, con una sonrisa.

—Si. Salió anoche para México. Luego irá a Marte. Desea estudiar la reconstrucción del Penal.

—Para evitar que lo de Ernie se repita, ¿eh? Mike suspiró:

—¡No nos hable de ese tipo, por favor! Lo vemos hasta en sueños —Ya lo cogerán; un pájaro como ese no pasa desapercibido así como así.

—Eso esperamos.

—Se habían dirigido hacia el despacho del médico jefe, que ya les esperaba.

El doctor Slams era un hombre bajito, completamente calvo, con unas gafas gruesas cabalgándole sobre su tremendo apéndice nasal. Una mirada inteligente brillaba en el hondo de sus ojos, detrás de los cristales que los empuqueñecían y alejaban aún más.

—He estudiado con detalle todo lo que se refiere al asesino

acribillado a balazos. Y con tiempo he llegado a establecer, sin ninguna duda, cosas muy interesantes...

—¿Como por ejemplo...?

—Que ese hombre recibió dos balazos en el corazón.

—¿Eh?

—Lo que oyen. Miren las trayectorias, las fotos de las mismas, deducidas en el mismo lugar del suceso. Pero aún hay más pruebas: el ultramicroscopio ha demostrado que esas dos balas llevaban pequeñísimas porciones de corazón: trozos de miocardio, sobre todo.

—¡Pero eso es imposible!

Slams sonrió.

—Lo creo: imposible es la única palabra que encaja aquí. Ningún ser humano podría haber dado un paso después de recibir esos dos impactos.

—¿Es que no será un ser humano?

—No lo sabemos —el médico miró a Dink—. Usted puede aclararnos eso mejor que nadie, señor Wood, ya que usted fue el hombre que estuvo más cerca de él...

—¿Y el otro? El que le vio salir del callejón...

—Fue una visión demasiado rápida.

Dink se pasó la lengua por los labios resecos.

Luego:

—¡Era un hombre! ¡Como nosotros! De eso no hay la menor duda.

—De acuerdo —dijo el doctor— era un hombre como nosotros... relativamente, ya que ningún ser humano puede correr con el corazón destrozado.

—¿Entonces?

Slams guardó silencio, un largo y opresivo silencio.

Después:

—He pensado en un ser que se le hubiesen inyectado ciertas drogas, de forma que resistiese las lesiones más letales; pero, de todos modos, no llego a comprender lo del corazón.

Fue en aquel momento cuando un agente entró como una tromba en el laboratorio.

—¡Señor Farrel!

El comisario se volvió.

—¿Qué hay?

—¡Acaban de atropellar a una mujer en pleno corazón de la ciudad, señor! Y cuando iban a detener al culpable, éste ha disparado y matado a dos agentes de la circulación.

El doctor preguntó:

—¿Lo han detenido?

—No. Hay once coches que le siguen, por la Autopista Norte.

—¡Vamos!

Salieron en tromba, dirigiéndose hacia la terraza donde estaban los helibuses de la policía.

El comisario y los dos agentes de la S.I.P. montaron en uno de ellos, ocupando los demás los otros dos disponibles.

—Yo conduciré —se prestó Mike.

Farrel, después de asentir con un gesto de cabeza, se apoderó del micrófono.

—¡Aquí, Farrel, desde un helibús! ¡Informen del coche al que persiguen!

Una voz sonó, inmediatamente, en el altavoz de a bordo:

—¡Aquí, coche 222, señor! Voy a la cabeza de los demás. El vehículo al que seguimos va delante de mí, a unos trescientos metros. Es un Chevrolet tipo trireactor... No lleva matrícula alguna y lo tripulan dos hombres armados.

Farrel dijo:

—Bien. Vamos hacia allá. ¿No han podido rodearlo?

—Lo intentamos, señor. Pero ha sido imposible porque ha tomado la autopista aérea.

Comprendieron los tripulantes del helibús que no había manera de acorralar al vehículo, ya que la autopista corría a cerca de sesenta metros de altura desde que salía de Los Ángeles.

Sin decir nada, Mike dio todo el gas, adelantando enseguida a los demás helibuses. La ciudad desfilaba bajo ellos y pronto sobrevolaron una enorme cinta plateada; la autopista, cuyos arcos proyectaban una alargada sombra sobre el suelo.

Poco después pudieron ver los coches de la Policía, diez de ellos agrupados casi juntos. Y otro a la cabeza, deslizándose velocísimamente por el cuidado macadam.

—¡Allí está el otro! —exclamó Dink, señalando la mancha que dibujaba el vehículo sobre la pista.

—¡Atención! —exclamó Farrel, con los labios junto al micrófono—. ¡Estamos sobre vosotros! ¡Proseguir la persecución! Vamos a adelantarnos y aterrizaremos unas millas más adelante, de manera a interceptar el paso del vehículo. ¿Entendido?

—De acuerdo, señor. Aquí el 222... ¡Tengan cuidado, esos tipos parecen dispuestos a todo!

—Bien.

Quedaban atrás los coches policíacos y también el vehículo de los bandidos. A todo gas y ya volando a menos de quince metros de altura sobre la pista, Mike esperaba el momento en que Farrel le ordenase el aterrizaje.

El comisario, mirando por la ventanilla de atrás, calculaba la distancia, que cada vez era más grande, entre el helibús y el coche de los asesinos.

—Un poco más, Mike... —dijo, entre dientes—. Tenemos que tener el tiempo necesario para disponernos en la pista.

—Cuando quiera.

Pasaron un par de minutos más.

Luego, Tom Farrel:

—¡Ahora! ¡Aterrice!

Leslie obedeció y el aparato se posó sobre la pista blandamente a la derecha.

Saltaron al suelo, con las metralletas en la mano.

—No pasa ningún coche —observó Dink.

—Han debido dar la orden de interrumpir, momentáneamente, la circulación —repuso Farrel.

—¿Y qué hacemos ahora? —inquirió Mike.

—Detenerlos sea como sea. El helibús no puede ocupar más que una anchura equivalente a dos tercios de la calzada: el resto tenemos que cubrirlo nosotros tres.

Dink echó una ojeada a la autopista.

—No podemos ponernos aquí, porque nos pasarían por encima —dijo.

. —¡Claro! —repuso Mike —Uno de nosotros puede colocarse junto al helibús disparando desde él hacia los neumáticos. ¡Usted mismo, comisario!

—De acuerdo.

—Tú y yo nos pondremos junto a la barandilla. Fíjate bien,

Dink, que al otro lado, en este sitio, precisamente, termina uno de los pivotes que sirven de base de sustentación al tramo...

—Ya lo veo.

—Pues bien. En caso de que esos locos consigan llegar hasta aquí, saltas cuando se precipiten sobre nosotros, que es seguramente lo que intentarán hacer.

—No lo olvides tú tampoco.

—No temas.

Se oía ya el ruido de los poderosos motores de los vehículos que se acercaban.

—¡Preparado, comisario! —gritó Dink.

En el final de aquella impresionante recta se veía ya la silueta del coche de los bandidos creciendo, agrandándose por momentos.

—¡Fuego!

La metralleta de Farrel empezó a escupir fuego.

Y las balas, allá lejos, levantaron trozos de macadam junto a las ruedas.

—¡Afine más, Farrel! —le gritó Mike.

Nuevas ráfagas, y, de repente, el estallido de uno de los neumáticos delanteros.

Pareció como si el coche fuese a lanzarse fuera de la autopista; pero, en el último instante, el chófer logró enderezar la dirección, aunque el vehículo corrió, a partir de entonces, rozando la barandilla, por el lado opuesto al que ocupaba el helibús junto al que había disparado Farrel.

—¡Cuidado, Mike!

Dink había saltado, cayendo al otro lado, mientras el coche de los bandidos, lanzado como una exhalación, arrancaba con su lado izquierdo todos los barrotes de la barandilla, como si los segase con una guadaña gigantesca...

Mike había contado mal el margen de tiempo del que podía disponer. Y sabiendo que ya no podía hacer nada por salvarse, echóse la metralleta a la cara, disparando contra aquel horrible bólido que se le echaba encima empujado por los mil caballos de sus motores.

—¡Dios mío! —exclamó Farrel.

El cuerpo del agente de la SIP fue proyectado fuera de la autopista, rodando por el espacio antes de precipitarse al fondo,

ochenta metros más abajo.

Pasando entre los restos de la barandilla, con los dientes apretados, lleno de furia, Dink disparó sobre los neumáticos posteriores, haciéndolos estallar a los primeros proyectiles.

¡No podía fallar entonces!

Perdida su estabilidad posterior, desequilibrado, el coche se vio frenado, de golpe, arrastrando su parte posterior, mientras describía un amplio círculo.

Luego se detuvo lentamente con un chirrido espantoso.

Sin perder tiempo, Dink, convertido en una verdadera furia humana, esperó, como así sucedió, que los ocupantes del vehículo lo abandonasen. Situado en el centro de la autopista, con la metralleta fuertemente apretada en sus manos, empezó a disparar con saña en cuanto el primero de los dos ocupantes salió del coche.

—¡No escaparéis, malditos! —rugió.

Uno de ellos corría. El que acababa de recibir los impactos se volvió, haciendo fuego, sobre Farrel que, en aquel momento, salía de junto al helibús.

Apuntando al otro, después de tener la seguridad de haberle tocado varias veces, Dink tomó como objetivo al que huía.

¡Estaba furioso!

Por eso, mordiéndose los labios hasta hacer brotar sangre de la piel, lanzó una ráfaga, agotando todos los proyectiles que le quedaban, pero cuidando de apuntar a la cabeza del bandido.

Una lluvia de plomo cayó sobre aquél.

Las balas destrozaron, cortaron, arrancaron, destruyendo cuanto hallaban en su camino. Y tal intensidad tuvo aquella ráfaga, que parecía llevar consigo la rabia del hombre que la había disparado, que la cabeza del criminal se volatizó.

¡Pero él continuó corriendo!

Ante los ojos desorbitados de los dos policías, el decapitado prosiguió la carrera, dirigiéndose hacia la barandilla de la autoestrada por donde se lanzó, seguido poco después por el otro, que había pasado a un segundo plano de atención para los dos hombres, que seguían como hipnotizados la progresión del que corría sin cabeza.

Al mismo tiempo, Dink y Tom se precipitaron hacia el borde destrozado de la barandilla, justo a tiempo de ver las dos siluetas

que descendían, dando vueltas para, unos segundos más tarde, chocar con la tierra, explotando, deshaciéndose en pedazos, convirtiéndose en, dos nubecillas de polvo y humo que se quedaron flotando a ras del suelo... hasta desaparecer.

* * *

—Tenga la amabilidad de seguirme, señor...

Ted echó una mirada a su alrededor. La finca era magnífica y estaba cuidada en su menor detalle. Siguieron al mayordomo por un camino bordeado de árboles, dejando la masa blanca del edificio a la derecha, camuflada entre la verdura.

El campo de golf quedaba a la izquierda.

Finalmente, descendiendo una colina artificial fantásticamente realizada, Ted pudo ver al fondo la piscina, enorme, con el brillo que el sol ponía sobre su agua de color azul, obtenido con un colorante especial.

A medida que se acercaban, el joven pudo ver las dos siluetas que estaban sentadas sobre la arena que bordeaba la piscina. No le fue difícil reconocer a Leo y a la esposa de su hermano, Elsie, vestida con un encantador traje de baño.

Leo debió verlos, porque volvió la cabeza, frunciendo el entrecejo al reconocer al hombre que el mayordomo acompañaba.

—¿Quién es? —Inquirió la mujer,

—Un joven al que he lanzado en el mundo de los negocios.

Ella sonrió.

—Parece muy atractivo.

Leo preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Habla por Marión, tontuelo. Desde que llegó de Nueva York, apenas ha salido de casa.

—Es su carácter.

—Lo sé. Pero si encontrase un joven como éste, por ejemplo, quizá su melancolía se le fuese, ¿no lo crees?

—Nunca hizo mucho caso a los hombres.

La llegada de los dos hombres no permitió que Elsie contestase a las palabras de Leo. Aunque ella sabía, tan bien como él, que la joven prefería estudiar y que, en efecto, no se le conocía ninguna

afición por las fiestas y las reuniones donde podía haber encontrado algún muchacho que terminase por interesarle.

Ted sonrió, al llegar junto a la pareja.

El mayordomo dijo:

—El señor dice ser amigo del señor...

—En efecto, Thomas —repuso Leo—. Puedes retirarte.

Y cuando el otro se hubo alejado, invitó:

—Siéntese, Howe... Voy a presentarle a Elsie Council.

—Encantado, señora.

—Igual digo, Ted.

El joven había lanzado una rápida mirada a Leo, como si deseara hacerle comprender que deseaba hablarle a solas. El otro le entendió perfectamente, porque, casi enseguida, dijo:

—¿No nadas un poco, querida?

Ella sonrió.

También había entendido.

—Sí —repuso—. Hace calor y el agua está deliciosa.

Y se lanzó, impecablemente, alejándose en un «crawl» de profesional.

—Nada bien, ¿eh?

—Sí —repuso Ted—. No sabía que era una mujer extraordinaria.

Leo sonrió, todo miel, complacido.

Cambiando de tono, preguntó:

—¿Qué desea, muchacho? Ya sé que tengo que pagar y sólo esperaba que me lo dijesen.

—En efecto. La operación dos, como usted sabe, fue realizada hace cuatro días.

—Sí.

—También sabe que nuestros dos agentes perdieron la vida.

El otro frunció el entrecejo. Y creyendo entender lo que Ted intentaba decirle:

—¿Cuánto más habré de pagar?

—No tiene importancia, ya que mi Empresa lo considera como un buen cliente. No era ése el motivo de mi visita. Jamás me hubiera atrevido a molestarle si no se hubiese tratado de algo verdaderamente importante.

—¿Qué es lo que le ha traído?

Ted miró fijamente al hombre.

Después:

—Alguien desea que nos «ocupemos» de usted.

—¿Eh?

La boca de Leo se había abierto y sus ojos parecieron dispuestos a escapar de sus órbitas.

Luego, con una especie de rugido:

—¡No puede ser posible! —exclamó.

—Lo es, amigo mío. Y puede considerarse dichoso de que mi Empresa, agradecida por los servicios que usted nos ha encomendado, haya, extraordinariamente, roto su voto de silencio en esta clase de asuntos, ordenándome que le previniese.

Leo se secó la frente.

—Comprendo... —balbució luego.

Y tras una nueva pausa:

—¿Quién es ese cerdo?

—¡Oh, no, señor Council! Eso no puedo decírselo, primeramente porque lo ignoro. Y aunque lo supiese, ya comprenderá que sería imposible comunicarle el nombre de nuestro cliente.

—¡Su cliente! ¡Menudo puerco! ¡Si le echase las manos encima!...

Bajó la voz:

—Escuche, Ted, ya sé que es usted un joven muy serio, todo discreción, pero estoy dispuesto a pagar lo que sea por conocer el nombre de ese infame.

—Lo lamento, señor.

—Diga sólo la cifra, el dinero que desee. ¡Ahora soy rico y le pagaré hoy mismo!

—No puedo.

—¡Hágalo!

—Sólo puedo decirle que el nuevo cliente está dispuesto a pagar por la operación una cantidad muy elevada.

—¿Cuánto?

—Cien millones.

—¡Cien millones! —exclamó.

—Eso es.

Hubo un silencio pesado, largo, que parecía no querer acabar nunca.

—¡El nombre y le daré los cien millones! ¡Aunque me

empobrezca!

Ted se había puesto en pie.

—Es imposible, señor. Me costaría muy cara esa indiscreción.
¡Hasta la vista, señor Council!

Y se alejó.

Leo se quedó allí, todo sudoroso, sin saber qué hacer ni qué decir, presa de un pánico indescriptible.

Porque sabía la manera de obrar de aquellos hombres, que no fallaban nunca, que eran implacables como la misma muerte que iba con ellos...

—¡Ted!! —llamó, levantándose penosamente.

Y echó a correr, sobre la arena, después sobre la hierba, ridículo en su traje de baño que apenas podía contener su abdomen prominente.

—¡Ted! —gritó aún—. ¡Daré doscientos millones por que la operación no se haga!

Pero cuando llegó al borde del campo de golf, vio el coche del joven que se alejaba ya, velozmente, hacia la monumental verja que rodeaba su mansión.

—¡Ted!

Cayó de rodillas sobre la hierba, extendiendo los brazos hacia el coche, que salía en aquellos instantes por la gran puerta,

—¡Ted!

Y se desplomó, cara al suelo, sacudido por espasmódicos sollozos.

Capítulo

VI



insistentemente sobre la mesita.

Dink se apoderó del aparato, descolgándolo y acercándoselo al rostro.

—¿Diga?

—Soy Farrel, Dink.

Una triste sonrisa floreció en los labios del joven agente de la SIP.

—¿Qué hay, Tom?

—No hubiera querido molestarte..., amigo.

Wood comprendía que el otro le dijese aquello. Hacía cuatro días que se enterró a Mike, y desde entonces Dink no había abandonado su habitación, no para llorar a su viejo amigo, sino para pensar, para encontrar en su torturado cerebro una idea que le llevase hasta los asesinos; es decir, hasta los que habían movido los hilos de aquellos suicidas de la autopista.

teléfono

repiqueó

Dink preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Sí. Una sorpresa de primera categoría; pero, si pudieras, me gustaría que vinieses inmediatamente aquí.

—Ahora mismo voy.

Había nacido entre aquellos dos hombres una amistad sincera, cálida, quizás animada por los momentos de dolor que habían pasado al lado del cuerpo destrozado de Mike Leslie, hasta que le dejaron bajo tierra, en el panteón de la Policía de Los Ángeles.

Dink hizo que su coche salvase en pocos minutos la distancia que separaba su domicilio de la Central, dirigiéndose, una vez allí, directamente al despacho de Tom.

Al entrar en la estancia vio que había un hombre sentado en un rincón, con un vaso de «whisky» entre las manos.

—¿Quién es? —inquirió Wood en voz baja.

—Leo Council. Acaba de confesarse instigador de los asesinatos de su hermano Raph y de su esposa Gilda.

—¿Es posible?

—Sí. Según él, un joven llamado Ted Howe se le presentó, pidiéndole un millón de créditos por quitar de en medio a su hermano. Así se hizo, como ya sabes. Después, Leo, viendo que las cosas se arreglaban pronto y limpiamente, ofreció otro millón por que se eliminase a su mujer, pensando quedarse con la fortuna de su hermano y la esposa de éste.

—Maquiavélico; pero, ¿cómo ha venido a declarar?

—Porque ahora resulta que el tal Ted le ha anunciado que alguien desea que le maten a él. Y que está dispuesto a pagar cien millones.

—¡Eso es absurdo! ¡Este hombre debe de estar loco!

—Eso creía yo, mientras me explicaba su fantástica historia; pero, por lo visto, es verdad.

Dink se volvió hacia Leo, que miraba insistentemente el contenido del vaso, ya casi vacío.

Y Tom, como para justificarse, dijo:

—Tuve que darle un poco de bebida. No se tenía en pie.

—Comprendo.

Y avanzando hacia el hombre, llamó:

—Señor Council.

Leo levantó el rostro.

Parecía haber envejecido cien años en aquellas horas. Sus ojos habían perdido el brillo que hasta entonces les había animado y ahora sólo dejaban escapar una luz mate, estúpida., vacía...

—¿Es verdad lo que ha dicho al comisario?

—Sí.

Y animándose añadió:

—¡Es cierto! ¡Tienen ustedes que protegerme! ¡Enciérrenme! ¡Es la única manera de escapar a esos asesinos!

—¿Y ese Ted?

—¡No quiso decirme el nombre de la persona que desea mi muerte! ¡Es un cerdo como los demás!

Dink sintió asco.

Sin poderse contener, le espetó:

—¿Tuvo usted piedad de su hermano? ¿La tuvo de su esposa? ¿Sabe que han muerto tres hombres por su culpa y que uno de ellos era como si fuese mi hermano?

Leo se pasó la mano por la frente.

—¡Perdón! —exclamó— ¡Estaba como loco! ¡Fue ella la que, durante veinte años, me empujó, haciéndome odiar a mi hermano y desear su fortuna!

Dink se volvió hacia Tom diciendo:

—Creo que puedes encerrarle: será lo mejor.

Loco de alegría, con los ojos arrasados de lágrimas, Leo se precipitó hacia el agente, intentando cogerle la mano para besársela.

Dink retrocedió, como si viese una víbora:

—¡Fuera! ¡No me toque, canalla!

Momentos después, unos agentes se llevaron al desdichado.

Tom preguntó:

—¿Crees que hacemos bien encerrándole? ¡No se lo merece!

—Es sólo provisional.

—¿Qué quieres decir?

—Que le utilizaremos como cebo.

—¿Eh?

—Sí. Puesto que alguien está dispuesto a pagar una fortuna por su muerte y hay una organización detrás de la que vamos, les haremos saber, de una manera indirecta, que vamos a trasladarle a

otro lugar, por ejemplo. Eso hará que se lancen sobre él...

—No lograrás nada.

—¿Por qué?

—¿Es que no tienes suficiente? ¿Qué podemos hacer contra tipos como los que iban en aquel coche o que tú perseguiste? Hombres que siguen corriendo con el cuerpo acribillado de balazos... ¡y hasta decapitados!

—Debe haber una explicación a todo eso, Tom: no dudes de que se trata de un truco y que nuestro deber es descubrirlo. ¿Crees que he pasado todo este tiempo durmiendo?

—Ya sé que no.

—Estos días que he permanecido encerrado en casa me han permitido reflexionar profundamente sobre este asunto.

—¿Y has logrado algo?

—Sí.

El otro abrió los ojos, sorprendido por una respuesta que no esperaba.

—¿De verdad?

—Sí. Yo no había visto el rostro del hombre al que perseguí por aquel callejón, cuando Raph Council cayó acribillado a balazos, pero procuré ver la cara a los del coche. Estoy seguro de que los conocía.

—¿Es posible?

—En la Escuela, allá en Washington, tenemos dos cursos intensivos de rememoración: cientos y cientos, por no decir miles, de fichas nos son repartidas, con las fotos de todos los delincuentes del país e incluso los más importantes del extranjero.

—¿Y qué?

—Que esos dos me recuerdan a alguien.

—¿A quién, concretamente?

—No lo sé... aún.

—Pero ¿lo sabrás?

Dink tardó en contestar.

Luego explicó:

—Verás, Tom. En la Escuela saben lo que se hacen y conocen perfectamente la limitación de la memoria humana, sobre todo a lo que se refiere a imágenes. Por eso, cada ficha de las que te he hablado antes lleva una cifra y unas letras... una especie de

fórmula. Porque está demostrado que el cerebro humano recuerda mejor éstas que las imágenes sin asociar a nada.

—Comprendo.

—Yo, en estos momentos, no pienso en esos rostros, sino en lo que había escrito bajo ellos. Y cuando lo encuentre no tendré más que llamar a Washington para que me envíen de los archivos las fotos y los historiales de esos dos hombres...

—...que, ya han muerto —concluyó el otro.

—No seas pesimista. El saber quiénes eran los tipos del coche puede esclarecernos muchas cosas. Hasta ahora, gracias a la declaración de ese granuja de Council, sabemos que existe una organización destinada a matar por dinero. Una organización que emplea hombres especiales que hasta ahora parecen poseer una resistencia tremenda a las balas, a las heridas e incluso a la mutilación, que llega a la decapitación...

—Eso es.

—Pero detrás de esa banda hay un organizador, un hombre sin entrañas, una especie de alimaña que hay que cazar y destruir, aplastar sin piedad.

—¡Desde luego!

—Ahora voy a irme. He de comunicar con Callowan.

—¿Dónde está?

—En Marte. Investigando personalmente la huida de Ernie.

—¿Te has olvidado de él?

—No, pero incluso si el «viejo» se enfada conmigo, cosa que no ocurría, voy a dar preferencia absoluta a este asunto. ¡He de vengar a Mike!

Lo dijo con una fuerza que hizo estremecer al otro.

* * *

Los dos hombres se habían reunido en el sitio de costumbre, lejos de la casa, en el cenador, en medio de la densa oscuridad de la noche.

Uno de ellos había llegado antes, dejando que el otro, el propietario de la finca, le viese desde la ventana. Y así, el hombre de la casa, que observaba el inmenso jardín desde que anocheció, volvió a ver aquella figura repugnante, doblada, aplastada bajo la

joroba inmensa que planeaba sobre el cuerpo inflado y grotesco...

Como la primera vez.

—Soy el hombre que necesitas —le había dicho—. Conozco tus proyectos y tú también eres lo que yo necesito...

¿Cómo era posible que aquel ser deforme hubiese podido saber lo que no había dicho a nadie?

¿Telepatía?

No creía en ello y se negaba rotundamente a dar esa explicación al extraño conocimiento que el otro poseía de sus más íntimas ideas.

Ahora estaban los dos, como de costumbre, en el cenador, bajo la luz débil de las lejanas estrellas.

Había sido el otro, el jorobado, quien requirió aquella reunión extraordinaria, Y sus ojos brillaban en aquellos momentos de una manera intensa, como si la cólera hubiera encendido en ellos un fuego verduoso.

El silencio duró largo rato.

Luego, el deforme individuo lo rompió con una voz profunda:

—¿Qué has ordenado a Ted?

—Una nueva misión.

—¿Por qué no me lo consultaste antes?

—No tuve tiempo: se me ocurrió de repente y...

El otro gruñó antes de estallar:

—¡Estoy harto de tus asuntos, amigo! Me he dado cuenta de que tu espíritu de venganza te hace descarriar.

—¿Tú qué sabes? Después de todo, el dinero obtenido ha de ser para ti.

—¿Qué dinero? Hasta ahora, Ted no ha percibido nada, y tú mismo has espantado a Leo, justo cuando se disponía a pagar,

—No importa. Tú puedes esperar puesto que te he entregado todo lo que necesitabas.

—¡Pero yo no deseo que mi trabajo esté exclusivamente dedicado a tu estúpido proyecto!

—¿Y qué piensas hacer?

Hubo una pausa.

Luego, el jorobado, con una risita cortante:

—¡Mis ideas han cambiado, amigo! Porque has de saber que alguien desea eliminarte.

—¡Imposible! ¡Nadie me conoce! ¡No puede ser!

—¿No te conozco yo?

El hombre abrió los ojos, como si quisiera ver la expresión del otro. También entreabrió su boca y sus labios temblaron, como si se esforzara por decir algo.

El silencio se hizo espeso, denso como la tragedia que sobrevolaba a los dos hombres.

Como el primero no pudiese decir nada, ya que el nudo que se había formado en su garganta no se lo permitía, el jorobado dijo;

—Te extraña, ¿eh? ¡Era natural! Te dije, te advertí muchísimas veces que no dispusieses de Ted sin mi permiso. ¡Fui un idiota al decirle que te obedeciese!

—¡Era yo quien pagaba todo!

—¿Y qué? ¿Qué hubiera sido de tu dinero y del que pensabas obtener de no haber sido por mí? ¡Pero has sido lo suficientemente idiota para estropearlo todo!

El hombre hizo un gesto.

Era fuerte y alto y cerró sus puños, amenazadores, como si desease que el otro comprendiese que la partida no había sido ganada por él.

—¡Te aplastaré la cabeza, ser repugnante y monstruoso!

El otro rio.

—Tengo un revólver en la mano desde que he llegado. Te conozco y no podía confiar en mis pobres fuerzas. ¡Muévete y tu hora se adelantará!

—Pero...

—Lo mejor que puedes hacer es irte y esperar. Los «muchachos» recibirán el encargo y te matarán con limpieza. Puedes elegir la clase de muerte que prefieras...

—¡Ninguna! ¡Pide lo que quieras y lo tendrás!

—Lo tendré de todos modos... ¿Has olvidado a Elsie?

—¿Qué piensas hacer?

—Eso no te importa. Y ahora, ¡vete! ¡No me pongas nervioso! ¡Me das asco y no quiero volverte a ver!

—¡No quiero morir!

Rio el jorobado.

—Sabía que eras un cobarde, como todos. ¡Lárgate! ¡Tiembla un poco como debe hacerlo Leo ahora!

—¡Él es quien tiene que morir!

—También morirá. Moriréis los dos. Y Elsie, dueña de una colosal fortuna, podrá entonces conocer la felicidad que merece.

—¿Contigo?

El otro no contestó.

—Ella sabe lo que se hace. Ella ha sido quien desea entregarme su fortuna por quitarte de en medio.

—¡Pero tú has debido hablarle, monstruo! Elsie no podría imaginar que yo...

—Yo se lo he explicado, estúpido. Es muy hermosa y merecía algo mejor que lo que Leo podía ofrecerle. ¿No te parece?

—Escucha, todo puede arreglarse: podrás apoderarte de la fortuna de Leo y de todo lo demás. Pero dame una oportunidad.

—No puedo. Hablarías demasiado y no me conviene. Sé que eres un cobarde y yo no quiero gente como tú a mi lado. Te he utilizado mientras me eras necesario. ¡Ahora ya no me sirves para nada!

Capítulo

VII



—¡Lo encontré, amigo! ¡Lo encontré!

—¿Te refieres a las tipos del coche?

—Sí. ¡Y ya te decía que iba a ser interesante!

—Explícate, por favor.

—Bien...

Sacó unas fotos de los sobres, que dejó sobre la mesa, para que el otro pudiese verlas.

—He ahí a los dos granujas del coche, los que nos dieron tanto trabajo. Ese moreno se llamaba Cari Holster, y el otro era Philip Ohio.

—Dos asesinos, ¿eh?

—¡En absoluto!

—¿Qué quieres decir?

—Que estos dos hombres, fichados y detenidos muchas veces, poseen un historial especial: Cari se dedicaba a robar en los almacenes, aprovechando las distracciones de los empleados. En cuanto a Philip, no habría hecho otra cosa que apoderarse de un bolso de señora, aprovechando cualquier aglomeración.

—¿Entonces...?

—Ninguno de los dos mató ni atacó a nadie: eran incapaces de hacerlo. Se trata de dos granujas de baja estofa, de los que molestan a la policía, sin, no obstarle, preocuparla demasiado.

—¡No lo entiendo!

—Yo tampoco, pero esto puede orientarnos, ya que hay que pensar que alguien cambió a esos dos estúpidos tan profundamente que los convirtió en dos asesinos profesionales, dotándoles, además, de una vitalidad especial, lo que les permitió, como al otro, al que perseguí por la calle, moverse cuando normalmente debían haber caído muertos.

—Pero...

—Fíjate bien, Tom, que alguien, ese célebre alguien, coge a tipos insulsos, gente que realiza trabajos sin envergadura, delincuentes de tercera categoría, transformándolos en «duros», en criminales sin entrañas.

—¿Una especie de Fábrica de Asesinos?

—Eso es. Una industria que, no sé cómo, les da la vuelta, como un guante. Y con las declaraciones de ese sinvergüenza de Leo, sabemos que ese alguien se dedica a explotar a, los asesinos fabricados, empleándoles en asuntos que le reportan grandes sumas de dinero.

—Pero Leo ha dicho que ahora es él el condenado.

—Porque han ofrecido cien millones por su muerte.

—¿Qué clase de locura es ésta?

—La que provoca la ambición, amigo mío: Leo hizo que mataran a su hermano para apoderarse de su fortuna, luego ordenó la muerte de su esposa porque ésta estorbaba sus proyectos... hacia Elsie.

—Es como si una maldición hubiera caído sobre esa familia.

—Sí. Hay gente así. Aunque la culpa fue del padre, que sembró discordias con su absurdo y caprichoso testamento.

—Es cierto.

Un agente se acercó, en aquel momento, a su jefe, murmurándole unas palabras junto al oído.

Tom enarcó las cejas.

—¡Por todos los demonios reunidos! —exclamó, asombrado.

—¿Qué ocurre? —inquirió Dink.

—Espera —y volviéndose hacia el agente—. ¡Hágale pasar, Robert!

—Sí, señor.

Farrel no despegó los labios cuando se quedaron solos. Luego, cuando la puerta volvió a abrirse dejando pasar a un hombre alto, fuerte, con las sienes blancas, el comisario hizo un gesto, invitándole a tomar asiento no lejos de Wood, que miró al recién llegado con curiosidad.

Cerró el agente la puerta, y una vez solos, rompiendo el silencio que había caldo sobre ellos, Tom invitó:

—Le escuchamos.

—¡Tiene que protegerme, señor! ¡Estoy amenazado de muerte!

—Bien ¿Quién es usted?

—Sam Council.

Dink dio un salto.

—¡No!

Y Tom, sonriendo:

—No te dije antes nada, muchacho, para que expresases tu sorpresa, como me ocurrió a mí cuando Robert me dijo el nombre del visitante.

Ambos policías miraron al hombre.

Y Dink, con expresión sombría, inquirió:

—Espero que no querrá usted tomarnos el pelo, ¿eh?

—Ya sé que soy culpable, señores: pero voy a decir toda la verdad. No me importa que la Ley me de lo merecido. ¡Todo antes que ese monstruo se salga con la suya!

Y tras una corta pausa, continuó:

—Yo soy, en efecto, Sam Council.

Dink, preguntó:

—¿El muerto?

—Eso es. El que, oficialmente, murió hace unas semanas. Lo que ocurrió es que deseé destrozar los absurdos planes de mi padre, que, como ya saben ustedes, dividió su herencia, de una manera caprichosa y arbitraria.

—Ya lo sabemos.

—La idea me vino hace muchísimo tiempo. Pero me faltaba la decisión y el coraje de poseer una organización de hombres que matasen, siguiendo mis órdenes, Y eso no podía ser nunca.

—¿Por qué?

—Porque no me sentía con valor para ello. Fue entonces, una noche, cuando mi criado me anunció la visita de alguien que se negó a darme su nombre.

»Su aspecto era repugnante, ya que además de una obesidad enfermiza, una enorme; joroba pesaba sobre su espalda, doblándolo por la mitad y haciéndole parecer, con sus largos brazos, una monstruosa araña.

—Siga.

—El hombre penetró en el salón de mi casa y me dijo que sabía lo que yo estaba tramando. Me horroricé, ya que no había dicho nada a nadie, absolutamente a nadie. Y como sonriese, dudando de que afirmaba aquel hombre, me habló él de mis proyectos como si, en realidad, pudiera leer en mi mente....

«Yo estaba aterrado. Pero luego, cuando me dijo que sólo necesitaba trescientos mil créditos para fabricar una banda de asesinos que se encargaría de llevar a cabo mis proyectos, la cosa empezó a interesarme.

—¿Le dio usted el dinero que necesitaba?

—Sí. Luego le he ido dando más, mermando mí ya escasa fortuna. Pero esperaba que la de Raph terminase en mis manos.

Hubo un nuevo silencio.

Y Dink:

—¿Cuál era su plan?

El hombre había bajado la mirada, fijándola en las puntas de sus bien lustrados zapatos.

—Más que el dinero de Raph, que no dejaba que yo deseaba castigar a mis hermanos, por los que había llegado a sentir un odio insaciable. Odiaba a Raph por su suerte en todo, por su colosal fortuna, por el desprecio que sentía hacia nosotros.

Y odiaba a Leo por su manera de ser, por su cobardía, por haberse arrastrado como una larva ante Raph para conseguir una miseria con que pagar sus pérdidas de juego, de manera que su mujer, que le tiranizaba, no supiese nada.

«Era un odio que me consumía, y sólo la posibilidad de llevar a cabo una venganza a la medida de los personajes que debían participar en ella podía calmarme. Por eso, cuando mi visitante me ofreció una solución magnífica, en la que yo no debía entrar para

nada, manteniéndome al margen, acepté sus condiciones.

»Empecé por morir; es decir, aproveché el primer ensayo fracasado de mi colaborador, que costó la vida a un granuja que deseaba convertir en un asesino. Y aquel hombre, en un féretro cerrado, pasó por mí, quitándome de golpe del mundo donde, sin embargo, todo iba a moverse a mi capricho.

»Era una situación estupenda, ya que nadie, ni la policía, podía sospechar en un muerto...

—¡Desde luego!

—Siguiendo mis instrucciones, uno de los hombres de mi colaborador visitó a Leo en unas condiciones especiales, cuando estaban reunidos en la casa de Raph y acababan de leer mi testamento en el que, naturalmente yo daba casi todo al rico, de forma a exasperar a mi otro hermano.

Dink se mordió los labios, pero no dijo nada,

—Leo, como esperábamos, aceptó pagar un millón por la muerte de Raph. Y los asesinos fabricados por mi colaborador se encargaron de quitarle de en medio.

«Luego, Leo determinó aprovechar los servicios de los asesinos y liquidó a su mujer.

Hizo una pausa.

Después:

—La primera parte del plan estaba realizada y sólo quedaba ahora acabar con Leo. Pero algo debió de ocurrirle al jorobado, porque al enterarse de que yo había hecho anunciar a Leo, por medio de Ted, su próxima muerte, de manera a hacerle sufrir, vino a verme, diciéndome que el que iba a morir era yo...

Tom lanzó un suspiro.

Y mirando a Dink:

—Deliciosa familia, ¿eh, muchacho?

—¡Ya quiero pagar mis culpas!

Dink saltó, como si le hubiera picado una víbora:

—¡Claro que las pagaré! Y ha hecho muy mal en venir a nosotros.

—¿Por qué?

—¡Porque la Ley no perdona cuando se delinque de esa manera! ¿Qué cree que hará el jurado cuando conozca su caso? ¿Echarle unos años de cárcel?

—Sí...

—¡Iluso! El Fiscal pedirá la pena de muerte y terminará usted, como su querido hermano Leo, en la Cámara Electrónica.

—¡¡No!!

—¿No? ¿Tuvieron piedad del otro hermano? Si su padre cometió un error con el dichoso testamento, no era motivo para asesinar fríamente.

—¡Yo no maté!

—Pero lo ordenó, que viene a ser lo mismo... o peor: usted fue el incitador, el qué forjó ese maquiavélico y espantoso plan.

—¡Usted no puede juzgarme! ¡Debe protegerme cuando vengo a pedir ayuda a la Ley! ¡Soy un contribuyente como los demás!

Dink se mordió los labios.

—Sí, tiene usted razón. Le protegeremos... hasta que el Tribunal ordene otra cosa.

Sam se había dado cuenta de la verdad que encerraban las palabras del policía. Y, cambiando de tono, con voz a la vez humilde y tentadora:

—Puede que sea juzgado con mucha severidad, pero yo tengo algo que cambiar contra algunos atenuantes que ustedes podrían presentar a mi favor

—No nos interesan sus proposiciones.

—¿Usted cree?

Y como ninguno de los dos jóvenes dijese nada, el otro, con aire de falsa mansedumbre.

—¿Usted cree? —repitió—. ¿Y si les diese el nombre del que fabrica esos asesinos? Se habrán dado cuenta de que nada puede matarlos y que se destruyen cuando no hay más remedio, antes de que sus cadáveres caigan en manos de la policía.

—Todo eso lo sabemos y estamos más cerca de lo que usted se imagina de descubrir a ese desalmado criminal.

En realidad, le repugnaba a Dink hacer concesiones a aquel canalla; pero, al mismo tiempo, desde que Sam había hablado del misterioso jorobado, una emoción indescriptible se había apoderado de él.

—Piénsenlo bien —dijo Sam—. Lo que les ofrezco es del mayor interés para ustedes, ya que podría orientar sus investigaciones.

Los dos jóvenes se miraron.

Dink comprendió que no podía resistir la tentación de saber.

Encendió un cigarrillo, mirando al hombre con odio, sabiendo que debería proporcionarle un documento en el que se diría que había ayudado a la Ley, lo que, sin duda alguna, causaría una impresión favorable al jurado durante el juicio.

—Bien —dijo, con un suspiro, consciente del trabajo que le había costado decir aquella palabra.

Sam sonrió.

—Sabía que iba usted a aceptar, señor...

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Tom.

Un policía uniformado, penetró en la estancia, saludando a su jefe.

—Vengo de Santa Mónica, señor.

Tom asintió.

—Sí —repuso—, por eso no le conocía. ¿Qué hay, muchacho?

Pero el otro no contestó.

Había sacado la pistola y la descargó sobre Sam Council, saliendo después, a toda velocidad, por la puerta que había dejado abierta.

Dink, con la pistola en la mano, salió tras él. En cuanto a Farrel, perdió más tiempo, ya que tuvo que contornear la mesa tras la que estaba sentado.

El agente de la SIP corrió a toda velocidad, por el pasillo, disparando una vez pero sin hacer blanco, ya que el otro acababa de dar la vuelta a la esquina que hacía el pasillo un poco más allá.

Dink desembocó como una furia, bajando los escalones de cuatro en cuatro, detrás del falso policía.

—¡Deténganlo! —gritó, desde arriba.

Unos disparos le hicieron aumentar su velocidad, corriendo el peligro de romperse la cabeza, ya que saltaba las escaleras de tramo en tramo.

Pasó junto al cuerpo de un policía que había recibido un balazo en la cabeza.

¿Es que no podría alcanzar a aquel asesino?

Pero, entre tanto, Tom, conocedor de la Central, no había perdido el tiempo siguiendo a Dink. Una vez en el pasillo, abrió una ventana, que daba al patio, donde siempre había numerosos

agentes, junto a los coches, dispuestos a salir de patrulla.

Sacó el silbato, llevandoselo a los labios.

Cuando los agentes miraron a la ventana, reconociéndole, les ordenó a gritos:

—¡Va a salir un tipo vestido como nosotros! Ha matado a un detenido. ¡Casadlo ahí!

Los agentes se distribuyeron por el patio, tomando posiciones.

Así fue como Tom, desde su privilegiada posición, vio desembocar al asesino en el patio, con su pistola en la mano.

—¡Alto! —le gritaron.

Hizo fuego y una verdadera lluvia de balas le rodeó. Era evidente que los policías no tiraban a dar, sino que deseaban, siguiendo las instrucciones de su jefe, detener a aquel hombre.

También comprendió eso el asesino.

Y volviéndose, rodeado siempre por las nubecillas que producían las balas en el suelo, buscó refugio en la casa, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta por la que acababa de salir.

Pero, en aquel momento, Dink apareció en el umbral, con la «Lüger» en la mano.

Los dos hombres se miraron unos segundos.

Luego, el bandido apretó el gatillo, sin que nada saliese de su pistola, ya que había agotado el cargador.

—¡Ríndete, Presley! —le gritó Dink—. ¡Te he reconocido! ¡Tú nunca mataste a nadie!

Girando sobre sus talones, el otro corrió hacia la barrera de fuego, penetrando en ella antes de que los policías pudieran hacerle retroceder.

Las balas, por docenas, le hicieron saltar, manteniéndole en un equilibrio absurdo; pero, después, sin dejar de reír, salió de la barrera, corriendo hacia los policías, que, no dando crédito a lo que veían, fueron incapaces de reaccionar.

Entonces ocurrió lo imposible.

Continuando su loca carrera, el falso policía, acribillado a balazos y recibiendo aun los que Dink le enviaba desde la puerta, se precipitó sobre un grupo de agentes que había junto a un vehículo de patrulla, Y en el momento que llegaba junto a ellos, una explosión espantosa le envolvió.

Dink corrió, viendo trozos de cuerpos diseminados por el suelo.

Por lo menos calculó que habían muerto ocho agentes, además del criminal.

Miró hacia la ventana donde Tom, pálido como el papel, asintió con la cabeza. Y aquel gesto era como si Farrel se diese por vencido, sabiendo que nunca podrían hacer nada contra hombres como aquéllos.

Aunque Dink Wood no pensaba lo mismo

Capítulo VIII



INK hizo penetrar su vehículo por la cuidada vereda, dejando atrás la verja ornamentada que el portero había abierto en la monumental entrada.

Poco después, el coche se detenía junto a la escalinata, al tiempo que un mayordomo aparecía en lo alto de ésta, avisado, sin duda, por el portero.

Descendiendo del vehículo, Dink se dirigió hacia el imperturbable servidor.

—Me llamo Wood —dijo— y esta mañana telefoneé a la señora Council.

El otro asintió.

—La señora le espera en la terraza posterior. Tenga la amabilidad de seguirme.

Lo hizo el joven, atravesando salón tras salón hasta desembocar en la parte posterior del edificio, que se abría a una hermosa y soleada terraza, repleta de plantas y macetas. Había allí un tresillo metálico, verdoso. Y en una de las sillas estaba Elsie Council, que se volvió sonriente al verlo.

—¡Pase, señor Wood y siéntese! Déjanos, Thomas.

El mayordomo se inclinó, alejándose.

Ella preguntó:

—¿Quiere beber algo?

—¿Por qué no? —sonrió él.

Ahora, al estar al lado de aquella mujer, comprendía los sentimientos que habían hecho de ella el centro gravitatorio de las ambiciones de Leo y de Sam.

No era muy joven; pero su natural belleza quedaba allí, en todos los detalles, con una lozanía que muchas jovencitas hubiesen envidiado.

Sirvió al joven, llenando de nuevo el vaso que tenía ante ella.

Luego comentó:

—Cuando me llamó esta mañana, señor Wood, diciéndome que era usted un agente de la Spacial International Police, no pude evitar un poquitín de miedo...

—¿De veras?

—¡No es que tenga nada que temer! compréndalo usted... Pero no puede evitarse algo raro cuando un agente de la SIP solicita ser recibido en una casa como ésta... después de lo que ha ocurrido.

—Entiendo.

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Explicarle unas cuantas cosas, señora... Algunas ya las sabe, pero ignora otras.

—¿Por ejemplo?

—Que fue Leo, su cuñado, quien ordenó la muerte de su esposo.

—Lo sabía.

—¿Eh?

Ella sonrió, tristemente.

Después:

—Decir que lo sabía no es la palabra exacta. Lo que ocurre es que poco puede escapar a la intuición de una mujer. Cuando Leo se presentó a mí, poco antes de la muerte de su esposa, me di cuenta de que sus sentimientos no eran nobles.

—¡Pero usted le admitió en su casa y dejó que la cortejase!

—¿Qué podía hacer? La muerte de Raph me sumió en un estado difícil de explicar. Sabía que me había quedado en la calle, sin un centavo... y tuve miedo ¿Es eso un pecado?

—Evidentemente, no.

—¿Qué podía hacer yo para, por lo menos, esperar a que las ideas se restableciesen, con orden, en mi mente? Todo era un caos en mi cabeza y no sabía qué partido tomar.

—Lo comprendo.

—Por eso dejé que Leo creyese que le hacía caso, que me interesaba por él, cuando en realidad sentía pena, conmiseración por un alma tan baja como la suya.

—¿Sabe que Sam no murió?

—¿Eh?

—No. Se ha presentado en la Central, pidiendo ayuda, como Leo. Fue él quien incitó a su hermano a hacer asesinar a su esposo y a su cuñada.

—¡Es espantoso!

—Tiene usted razón: sería muy raro encontrar una familia que, como ésta, destilase un odio tan tremendo. Claro que toda la culpa fue del padre de su esposo.

—No lo crea. Mi difunto suegro obró con justicia, ya que fuimos nosotros los que nos sacrificamos a su lado.

—¿Estaba usted casada ya?

—No. Era la prometida de Raph. ¡Puede usted imaginarse qué noviazgo fue el mío, al lado de aquel enfermo que era tan exigente como caprichoso! Pero todo lo hice por el amor de mi esposo.

—Lo comprendo.

Y después de una pausa, añadió:

—He venido a decirle que Sam ha muerto, ayer mañana, asesinado ante nuestros propios ojos, sin que pudiésemos hacer nada por evitarlo.

Ella preguntó:

—¿Y el asesino?

—Muerto también. En vista de eso, esta noche y dentro del mayor secreto vamos a trasladar a Leo en mi propio coche.

—¿Se lo llevan?

—Sí, a Washington. Quiero tenerlo en un lugar seguro, ya que sus declaraciones nos serán preciosas,

—Naturalmente. Después de todo, ese pobre Leo me da lástima.

—Yo no se la tengo, señora: se ha dejado llevar por los más bajos instintos, suprimiendo todo lo que constituía una cortapisa entre él y sus ambiciones.

—Así es.

—Y hablando de la familia, ¿dónde se halla la hija de Leo?

—Estuvo aquí hasta ayer noche: es una chica rara, y se decidió, repentinamente, a volver a Nueva York, donde estudiaba. Iba, me dijo, a casa de una amiga, no recuerdo exactamente dónde. Le di dinero y se fue a su habitación a hacer el equipaje.

—¿Sabía la verdad sobre su padre?

—No lo sé, aunque supongo que sospechaba algo. Desde que llegó, para el entierro de Raph, la vi muy poco. Y las poquísimas ocasiones que tuvimos para hablar me permitieron percatarme de que era una muchacha muy retraída, distinta a las demás, como si estuviese siempre lejos de la realidad.

«No habló mucho con su padre, sobre todo después del asesinato de su madre. Se encerró en su habitación y apenas si la veíamos. Comprendo que la muerte de mi cuñada fue un golpe muy duro para ella...

—¡Pobre muchacha!

—Pero, además, puedo decirle, entre nosotros, que Marión parecía, como le expliqué antes, estar muy lejos de todo esto. Quería volver a su ambiente y, seguramente, olvidarlo todo.

—Una posición bastante lógica. ¿No le parece?

—Sí, en cierto modo. Pero yo hubiera comprendido que se quedase a ayudar a su padre.

—No debía tener mucha confianza, con él.

—Ninguna, eso es cierto.

Dink se levantó.

—Muy agradecido, señora, por sus amabilidades.

Una vez informada, le deseo que perdone a los que tanto mal le han hecho.

—Hago lo imposible por perdonarlos.

—Seguro que lo conseguirá.

Se inclinó para besarle la mano. Y cuando se incorporó dijo:

—Una pregunta aún, señora Council...

—Usted dirá.

—Desconozco las intimidades del testamento que Leo pudo hacer, si es que lo hizo.

—Sí, lo hizo.

—¿Y a quién legaba su fortuna; es decir, la fortuna que heredó a

la muerte de su hermano Raph?

—A su hija Marión.

—Comprendo: su padre político no sólo hizo un testamento curioso, sino que incluyó una cláusula en la que la fortuna de Raph Council debía pasar a un hermano vivo, y en caso de que no hubiera ninguno con vida, a los hijos de éstos. ¿No es así?

—Sí, señor Wood.

Él la miró fijamente.

—¿Y cómo es que usted, que le cuidó como una hija, aunque aún no lo fuese, quedaba fuera de todo beneficio?

Ella sonrió, y encogiéndose de hombros dijo:

—Para decir verdad; fue una verdadera y, desagradable sorpresa el comprobar que no se había acordado de mí; aunque, después de todo, siendo Raph el mayor beneficiado, no tenía que preocuparme por nada.

—Pero la realidad es que se ha demostrado lo contrario.

—¡Cosas de la vida! Yo, en el fondo, no culpo a mi suegro, que demostró siempre un interés muy grande por mí.

—Entiendo. Y no quiero molestarle más, señora. Muchas gracias de nuevo.

—Adiós, señor Wood. Si alguna vez necesita algo más, ya sabe que me tiene a su disposición.

—Muchísimas gracias.

—Voy a llamar a Thomas.

—No se moleste. Encontraré solo el camino.

—Como usted quiera.

Salió Dink, volviendo a atravesar los salones para terminar desembocando en la escalinata. Subió al coche y lo condujo, despacio, hacia la salida del hermoso parque.

Un parque que empezaba a tener para él el aspecto del más siniestro de los cementerios.

Tuvo que detenerse junto a la verja cerrada, pero el portero, un vejete sonriente, salió presuroso de su casita, yendo hacia la monumental puerta, que intentó vanamente abrir.

—¿Pueda ayudarme, señor? ¡Mis brazos ya no son jóvenes!

Saltó Dink del coche, acercándose.

Cuando estuvo al lado del vejete, exclamó:

—¡Déjeme, abuelo! Yo la abriré.

—Yo también podía haberlo hecho.

Dink se asombró:

—¿Eh?

—No se levante y haga como si me ayudase. He querido que se detuviese usted: tenía que comunicarle algo.

—¿De qué se trata?

—Anoche, cuando la señorita Marión se fue, le esperaba un coche, aquí mismo, al otro lado de la verja.

—¿Y qué?

—Que el hombre que estaba al volante y que ha venido una vez aquí, le dijo que era de la SIP y que su padre la llamaba.

—¿Está usted seguro, abuelo?

—Soy viejo, pero mis oídos y mis ojos se conservan como hace cuarenta años.

—¡Gracias! ¡Gracias de verdad!

Abriendo la puerta, volvió al coche, haciendo un gesto de simpática despedida al viejo.

Una sonrisa flotaba sobre los labios de Dink mientras conducía su vehículo hacia la Central de la Policía de Los Ángeles.

Las cosas empezaban a esclarecerse.

* * *

—¿Te has vuelto loco, muchacho?

Dink sonrió.

—No, Tom —repuso—, pero te darás cuenta de que es la única manera de aclarar lo que falta.

—¡De lo que me doy cuenta es de que eres un suicida!

—No temas.

—¿Cómo? ¿Aún tienes la ironía de decir que no tema? Si es verdad lo que me has dicho, no vas a tener cuerpo suficiente para recibir los balazos que te darán.

—Me protegeré.

—¿Cómo?

—Ya veremos.

—¡Pedazo de tozudo! ¿Por qué no dejas que te proteja? Puedo poner a tu disposición cuantos vehículos y agentes desees... Además, naturalmente, de que yo iría a tu lado.

—No.

—¿Es tu decisión definitiva?

—Sí.

Hubo una pausa; luego, Wood, acercándose a su amigo, dijo:

—Perdona, Tom... ya sabes que me gustaría mucho llevarte conmigo. Pero es imposible. La presencia de más de una persona en el coche, además de Leo, despertaría sospechas y haría creer a los agresores que les hemos preparado una trampa. No, Tom: debo ir solo y jugar esta carta como se merece... El asunto recae directa y exclusivamente sobre la SIP.

—¡Eso no es cierto!

—Sí, es cierto, Tom. Más tarde, cuando se hayan disipado ciertas incógnitas, podrás darte cuenta de que tengo razón.

Farrel se encogió de hombros.

—Creí poder convencerte-dijo, con un tono de voz cansada — pero veo que no hay más remedio. Ya no será Mike la única víctima...

Dink no dijo nada. Terminó de recoger sus cosas y después, echando una ojeada al reloj, dijo:

—Voy a prepararme, está anocheciendo. Iré a por Leo y saldremos dentro de media hora.

—Bien.

* * *

El monstruoso jorobado abrió la puerta, dejando que los tres hombres saliesen fuera, dirigiéndose hacia el coche.

No hacía falta decirles nada más.

Conocían perfectamente su objetivo y estaban todos dispuestos a obedecer ciegamente... hasta la muerte, que ya no significaba nada para ellos.

Esperó a que el coche se pusiera en marcha, cerrando después la puerta y regresando, como una enorme y repugnante araña, hacia la salita del fondo.

Ted estaba allí con la muchacha.

Marión, con su hermosa cabellera rubia suelta, estaba sentada en una silla, con la cabeza baja, mirando al suelo, segura ya de que nada ni nadie podría salvarla.

¿Qué le importaba?

En unos días, casi en unas horas, todo lo que para ella había constituido algo se había hundido definitivamente, como un gigantesco castillo de naipes, no dejando detrás más que una polvareda de dolor y desesperación...

Al ver volver a aquel hombre deforme, la muchacha se estremeció, sin atreverse no obstante a levantar la cabeza, ya que le producía una sensación tremenda la visión de aquel ser extraño.

Pero él, con una sonrisa de triunfo, se acercó a la muchacha, cogiéndola por los cabellos y obligándola a levantar la cabeza.

—¿Te doy miedo, preciosa?

Ella no dijo nada.

—¡Pronto, dejarás de verme! ¡Ya no me tendrás que soportar más!

Y volviéndose a Ted:

—¿Está todo preparado?

—Sí, señor. Frank está arriba.

—Bien.

Le hizo un gesto imperceptible, haciéndole entender que deseaba hablarle a solas.

Ted asintió, abandonando la estancia detrás del otro.

Una vez fuera, el jorobado dijo:

—Espero que no olvides lo que debes hacer, Ted.

—No.

—Esta noche, esa mujer debe morir. Y su cadáver debe aparecer en una parte en que sea hallado cuanto antes.

—Así lo haré.

—Una vez hayas terminado, coge un coche y ve a Nueva York, ya sabes dónde. Frank y yo te esperaremos allí. Cuidad los dos el trabajo y todo habrás concluido.

—De acuerdo, pero...,

—¿Qué quieres?

—¿Por qué he de encargarme yo de la chica?

—Ya te lo he dicho y, además, lo sabes tan bien como yo. Fabriqué siete hombres aptos para matar: uno de ellos fue muerto o destrozado cuando murió Raph Council... Fue un accidente estúpido, es verdad, pero aquél no era el tipo perfecto de mis creaciones. Los otros dos volaron en la autopista, otro estalló en la

Central de policía. Y ahora estos tres, sin duda, después de haber matado a Leo, correrán la misma suerte. Eso hace que tengas que ser tú quien te encargues de la muchacha, ¿Es que dudas en hacerlo?

—No, pero...

Los ojos del jorobado lanzaron llamas.

—¡Puedo quedarme aquí, unas horas, sólo unas horas, y convertirte en uno de esos!

—¡No, por favor!

—Obedece, entonces. Y te advierto que si me juegas una mala pasada, te buscaré, sea donde sea... y entonces pagarás cara tu desobediencia.

—¡Puede irse tranquilo, señor! ¡Haré lo que debo!

—Así me gusta más.

El jorobado se dirigió hacia la escalera, subiendo por ella como un animal extraño. Una vea arriba, abrió una puerta, penetrando en una sala en cuyo centro había un enorme féretro.

Un joven estaba junto al ataúd.

—¿Preparado, Frank?

—Preparado, señor.

Se remangó la manga el jorobado y el otro, que tenía una jeringuilla sobre una mesita, le practicó una inyección endovenosa. Después, tras bajarse nuevamente la manga, el contrahecho se echó, tranquilamente en la caja. Y mirando al otro, con una sonrisa:

—Dentro de quince minutos, los efectos serán completos. ¿Has llamado a las Pompas Fúnebres?

—Todo el mundo está avisado, señor.

—Está bien. Procura que tengan mucho cuidado al llevarme hasta el avión.

—Sí. ¿Serán los efectos suficientes, señor?

—No te preocupes por eso, Frank: la sustancia que me has inyectado produce una catalepsia tan profunda que nadie podrá decir que estoy vivo, cuando me examinen. Los efectos durarán sesenta horas.

—Es suficiente.

—Sí. ¿Los documentos para el permiso del entierro en Nueva York han sido entregados a la Policía?

—Ayer.

—De acuerdo. Esos cerdos examinan hasta los cadáveres que salen de Los Ángeles. ¡Pero de poco les servirá!

—Desde luego.

—Tened cuidado... durante... el trata...do...

Su vos se iba apagando y poco después quedaba como profundamente dormido. Frank, emocionado, se atrevió, no obstante, a poner el rostro sobre el pecho del jorobado.

Los latidos habían dejado de oírse.

Capítulo IX



INK había escogido un coche descubierto en el que había hecho algunas apresuradas modificaciones, blindando, sobre todo, las partes vitales.

Lo demás lo dejaba a la suerte.

Era una carta tan fundamental como definitiva la que iba a jugarse. Pero ni un solo momento dudó en echarla sobre el tapete, puesto que, además de cumplir con su deber, era aquélla la única manera de salvar a la misteriosa hija de Leo, Marión, a la que no conocía aún.

¿Qué papel representaba aquella muchacha en el drama en curso?

Lo ignoraba, aunque poseyese algunas ideas acerca de ello.

Era ya noche cerrada cuando abandonó la ciudad, tomando aquella célebre autopista en la que había perdido al mejor y más noble de los amigos. Ahora, al correr sobre el cuidado macadam, sentía la tristeza que le traían los recuerdos de la pelea y sus terribles consecuencias para Mike Leslie.

Apretó los puños, oprimiendo el volante con rabia entre sus dedos.

¡Tenía que vengarle y no era aquél el menor balance de la cuenta que debía ajustar con el criminal que no se había detenido ante nada!

Durante los veinte primeros minutos de trayecto el aspecto de la circulación era el normal; después, ya de lleno en la autopista, los vehículos se fueron haciendo menos abundantes.

Hasta que apareció el «otro», detrás.

—En el espejo retrovisor, Dink se dio inmediatamente cuenta de que las cosas iban a desarrollarse como había previsto y que «ellos» no cejarían hasta eliminar a aquel hombre que, silencioso, iba sentado en la parte posterior del vehículo, aparentemente, ausente y alejado de cuanto le rodeaba.

El agente de la SIP llevaba la metralleta preparada sobre el asiento, dispuesta a empezar a vomitar plomo en cuanto llegase la ocasión, que se acercaba ya.

En efecto, el otro vehículo, aumentando su velocidad, iba disminuyendo la distancia que le separaba del que le precedía.

La autopista, por aquel lado, estaba completamente desierta y apenas si se veían, a través de los arbustos que la partían en la mitad, las luces de los coches que pasaban por el otro lado, en sentido continuo, a una velocidad formidable.

No apretó el acelerador.

Deseaba que la lucha empezase cuanto antes.

Y así ocurrió.

El otro coche avanzó decididamente, manteniéndose detrás del de Dink, iluminándole con los faros de carretera, lo que quería decir que deseaban asegurarse de que sólo iban dos hombres, temiendo seguramente una emboscada.

Poco después, el coche salió disparado, pasando junto al que conducía el agente, como una exhalación.

«Esto empieza» —se dijo Dink.

Cuando llevaba una cierta ventaja, fácilmente conseguida, el coche de los atacantes se detuvo y los tres hombres saltaron, arrodillándose en plena calzada y abriendo un fuego furioso con sus metralletas.

Una barrera de plomo cayó sobre los neumáticos del vehículo de Dink.

Un espantoso ruido de frenos se dejó oír, como un aullido

alucinante; luego, el coche, después de describir una línea ondulante, ora hacia un lado ora hacía el otro de la pista, terminó por chocar con uno de los pontones, inflamándose enseguida.

Los tres hombres corrieron hacia el vehículo, sin miedo a las llamas, viendo el cuerpo de Leo del que manaba sangre en abundancia. El del conductor no estaba, lo que les hizo pensar que debía haber sido lanzado hacia la profundidad, por el efecto del golpe.

Una sonrisa cruel se pintó en sus rostros.

Y uno de ellos, con la metralleta, disparó contra, el cuerpo de Leo, destrozándole la cabeza. Las llamas lo envolvían casi por completo,

—¡Vamos! —ordenó otro.

Volvieron al coche y se alejaron de allí, velozmente.

Pasaron unos pocos segundos.

Y, de repente, Dink salió de detrás del pontón, corriendo hacia su coche, envuelto casi por completo por las llamas. Llevaba en la mano un diminuto aparato, muy semejante a una linterna, que enfocó sobre el vehículo.

Un chorro lechoso brotó de su extremo.

No tardó ni cuatro segundos en apagar las llamas, saltando al coche, después de colocar el cuerpo de Leo en el fondo. Puso el vehículo en marcha, dando la vuelta y tomando el camino que habían seguido los asesinos.

Le había costado mucho imaginar aquel plan, pero todo había salido a pedir de boca.

Ahora lo que le importaba era correr, apretar el acelerador hasta ver el coche de los otros, aunque estaba seguro de que ninguna prisa tenían, ya que podían estar tranquilos respecto a una, para ellos, imposible persecución.

No tardó mucho, a la enorme velocidad qué llevaba, en divisar las luces rojas de la parte porterior del otro coche, disminuyendo entonces un poco la marcha, aunque, en realidad, la velocidad había enfriado un tanto el metal del coche que las llamas habían recalentado bastante.

Una vez en la ciudad, apretó el acelerador de nuevo, de manera a no perder de vista el vehículo al que seguía en la creciente circulación.

Tuvo suerte.

Guiando con pericia y seguro de que los otros no sospechaban nada, les vio detenerse, poco después, ante un caserón, en la parte baja de la ciudad y no lejos del puerto. Poca iluminación había en aquel barrio, lo que le facilitó el poder acercarse, deteniendo el vehículo a una treintena de metros del otro.

Los hombres habían penetrado en la casa.

Después de realizar una primera inspección en la fachada, Dink se dirigió por una callejuela transversal hacia la parte posterior, descubriendo enseguida un cable que ascendía a lo largo del muro, hasta la terraza, quince metros más arriba.

No lo pensó dos veces.

Demostrando el entrenamiento preciso a que había sometido sus músculos en la Escuela de la Spacial International Police, tardó poquísimos en trepar hasta la terraza, encontrando después, una trampilla que le permitió penetrar en la casa.

Se había dejado caer en lo que debió ser una buhardilla y tuvo que encender la linterna para descubrir, finalmente, una puerta que desembocaba a un rellano del que partía la escalera que debía llevar hacia la parte inferior del edificio.

Empezó el descenso.

Cuidando de moverse en el mayor silencio posible, marchó sobre la parte interna de los escalones, disminuyendo así las posibilidades de que éstos gimiesen bajo su peso.

La segunda planta parecía estar completamente vacía y después de esperar en el rellano unos segundos, siguió el descenso, sin dejar de empuñar la pistola, arma que prefería a la metralleta que había dejado en el coche. En efecto, para un combate en espacio cerrado, la «Lüger» especial del Servicio era el arma indicada.

Pocos escalones le faltaban cuando oyó, a su derecha, una voz que no le pareció brotar de la boca de un hombre tranquilo, sino de alguien que estuviese a merced de un verdadero ataque de histeria.

Poco después, desde la puerta de una habitación, pegado a ella, pudo ver lo que ocurría en el interior, sin correr de momento el peligro de ser visto.

Había un joven de pie, frente a los tres que acababan de abandonar el coche, gesticulando y hablando con voz temblorosa. En el rincón opuesto, sentada en una silla, con la cabeza entre las

manos, estaba una joven de hermosos cabellos rubios.

Marión.

Pero la atención del agente estaba fija en el hombre que gesticulaba. Y prestó oído a sus palabras.

—¿Seguro que habéis terminado con Leo? —inquirió.

Uno de ellos, con voz neutra, dijo:

—Sí, puedes estar seguro.

—¿Quién le acompañaba?

—Un policía.

—¿Qué ha sido de él?

—Debió matarse, al caer a lo hondo de la autopista cuando el coche chocó contra la barandilla y se incendió.

—Bien. De todos modos...

Iba a decir que no les esperaba, ya que el jefe le había dicho que morirían seguramente en la misión.

Y ahora, con una suerte enorme, recibía a los que podían realizar el trabajo desagradable que el jorobado le había encomendado.

—Tenéis que hacer otra cosa —dijo.

No se movieron.

Y Ted, con acento de impaciencia en la voz:

—¿No me oís? ¡Hay que acabar con esta muchacha! ¡Podéis hacerlo de la manera que queráis. Yo os espero fuera.

Iba a salir, pero uno de ellos le detuvo con un gesto.

—No nos queda más que un poco de energía. No podremos hacerlo.

Ted se mordió los labios.

Hubo un silencio largo, pesado. Dink, por su parte, se preparaba a atacar de cualquier forma, para evitar el crimen que se estaba forjando allí dentro. Aunque, de todos modos, algo extraño le tenía inmóvil y pendiente de lo que iba a suceder.

Ted rompió el silencio.

—Creo que el jefe tiene un aparato ahí dentro —y señaló una habitación, opuesta al sitio que ocupaba el agente—. Voy a ver.

Salió, no tardando más de dos minutos en regresar llevando una especie de caja metálica, con un cable saliendo de uno de los lados, dotado de su correspondiente enchufe.

Sonreía.

—Lo he encontrado —dijo—. Prepararos.

Uno de los hombres se agachó, subiendo el pantalón del lado derecho, dejando ver la pierna. Bajó luego el calcetín y Dink pudo ver una placa con dos orificios a los que Ted acopló los extremos del enchufe de la cajita.

Luego, una vez hecha aquella operación, pulsó un botón, observando la marcha ascendente de la aguja, hasta que ésta llegó al otro extremo del dial.

Desenchufó.

El hombre sonreía, beatíficamente. Y con voz intensa;

—¡Es delicioso! —exclamó—. ¡Se siente uno como nuevo! ¡Ahora puedo hacer lo que ordenes, Ted!

Pero éste no contestó, repitiendo la operación con los otros dos. Una vez terminó, dejó la cajita sobre la mesa.

—¿Contentos?

—Mucho.

—Bien. Ahora saldré a dar una vuelta... cinco minutos. Terminad cuanto antes.

—De acuerdo.

Dink se hizo rápidamente a un lado, ocultándose mejor para dejar que Ted pasase hacia la salida cuya puerta se cerró tras él.

Luego miró a los otros.

¡Acababa de comprender muchas cosas, aunque ignorase aún el principio secreto de aquel misterio!

Pero, por lo menos, creía estar en disposición de evitar que la muchacha sufriese el menor daño.

Marión estaba en la misma postura, quizá muerta de cansancio, sin haber oído lo que se decía a su alrededor.

—Lo haré yo —dijo uno de ellos.

Había sacado un cuchillo y se acercaba a la muchacha. Y fue entonces cuando, súbitamente, el agente de la SIP recordó aquel rostro y el de los otros dos.

¡Su memoria no podía fallar!

—¡Conwler! —gritó—. ¿Qué vas a hacer? ¡Tú nunca mataste a nadie! Ni tú tampoco, Lewis! ¡Tampoco tú, Soatz, hiciste daño a nadie! ¡No hacíais más que robar, pero jamás cometisteis un asesinato! ¿Qué diablos os ocurre ahora?

Había aparecido, con la «Lüger» en la mano, en el dintel de la

puerta y los miraba fijamente.

Marión había despertado a los gritos del joven y también le miraba, con los ojos desmesuradamente abiertos y una débil luz de esperanza en ellos.

Los tres hombres se volvieron hacia el intruso, con una expresión ausente en sus rostros. Pero también había un brillo angustioso en sus pupilas.

El que tenía el cuchillo en la mano rompió el silencio.

—¿Cómo nos conoces?

—Soy agente de la Spacial International Police.

Como ninguno de ellos dijese nada, pareciendo rumiar las palabras del joven, éste prosiguió:

—¡Yo iba en el coche con Leo! ¡Ni él ni yo hemos sufrido el menor daño! ¡Podéis vivir libres si abandonáis las armas!

Se dio cuenta enseguida de que acababa de cometer el error más grande de su vida.

El del cuchillo, cambiando de expresión y con una voz en la que filtraba un indecible terror: '

—¿Oís? ¡No hemos matado a Leo! El jefe nos privará de corriente y nos moriremos de angustia! ¡Todo por culpa de ese maldito agente de la SIP!

Obraron al mismo tiempo, con una furia que de haber cogido desprevénido a Wood le hubiera costado indefectiblemente la vida..

Pero Dink estaba acostumbrado a aquellas reacciones brutales. Y, además, por fortuna, tenía ya la pistola en la mano. Aunque los otros sacaron la armas, sin prisas, sabiéndose invulnerables, conociendo su poder de resistencia ante las balas de su adversario, Dink habla visto demasiado para no jugarse el todo por el todo.

Tres disparos, matemáticamente dirigidos, penetraron en los tobillos derechos de los tres hombres, con una precisión admirable.

Pero no paró ahí todo.

Los tres siguientes disparos, justo cuando ellos se disponían a hacer uso de sus armas, fueron dirigidos al corazón de cada uno.

Y Dink, que a pesar de todo no las tenía todas consigo, comprobó que sus deducciones eran ciertas al ver que los hombres, sus adversarios, se desplomaban, casi al unísono, sin vida.

No sintió, en aquella ocasión, satisfacción alguna por lo que acababa de hacer. Empezaba a comprender muchas cosas y

contempló a los caídos con una expresión de pena.

Pero el ruido de la puerta al abrirse —Ted debía haber creído que los disparos representaban el final del «trabajo» que había encomendado a aquellos hombres— le hizo dar un salto hacia un lado, dejando que el otro penetrara en la habitación.

Ted se detuvo, mirando sin dar crédito a sus ojos, los tres cuerpos tendidos en el suelo. Luego se volvió, pálido como la muerte, fijando su angustiada mirada en Dink, sin todavía comprender cómo aquel hombre podía haber matado a los que, hasta entonces, habían sido invulnerables a las balas,

Dink se acercó a él, amenazador.

—¡Se ha terminado la comedia, amigo! y ahora, si no quieres ir a hacer compañía a esos tres, vas a hablar y claro, ¿entendido?

Asintió Howe, con la frente perlada de sudor.

No había equívoco en la mirada de aquel hombre que, además, no podía olvidarlo, acababa de matar a los otros, demostrando que sabía lo que se hacía.

—¿Y el jefe?

No obstante el pánico que la situación presente despertó en él, la pregunta del agente le previno de un peligro aún mayor, recordando las amenazadoras palabras, que el jorobado había pronunciado antes de irse.

—¡No sé! —repuso, tragando saliva, con evidente dificultad.

La «Lüger» de Dink describió un arco de círculo antes de desgarrar con el afilado punto de mira la mejilla de Ted. Éste lanzó un grito de dolor, llevándose la mano al rostro, y la sangre empezó a salir entre sus dedos.

—El próximo golpe —anunció Dink, entre dientes— irá destinado a uno de tus ojos. Y te aseguro que te lo vaciaré limpiamente, sin dejar que pierdas el conocimiento, para que sufras un poco.

—¡Hablaré! ¡Hablaré! ¡No me haga daño!

Y habló.

¡Vaya si habló!

Capítulo X



E todos los presentes, Tom Farrel era sin duda alguna el más sinceramente emocionado. Era aquélla la primera vez que penetraba en la Central de la SIP, en Washington y, además, también la primera que tenía ante sí al hombre que dirigía aquella estupenda organización de los defensores de la Ley: Donald Callowan.

El jefe de la SIP fumaba un excelente habano y, sonriendo, dijo:

—Ésta es la primera vez que fumo un cigarro antes de resolver un caso; pero, en realidad, ha sido Dink quien lo ha llevado y, por lo que acaba de contarme, puede considerarse como resuelto.

—Aún no, señor...

—Es cierto. Pero muy pronto vamos a dar el último golpe, antes de echar definitivamente el telón. ¿No es verdad, señorita?

Marión sonrió, asintiendo con la cabeza.

Parecía otra, con su vestido nuevo y su linda cabellera recogida en un atrevido moño, que recordaba vagamente el peinado de las antiguas mujeres griegas.

Donald echó una ojeada al reloj.

Después dijo:

—Creo que ya es hora. Según lo que Ted confesó. el período de sueño termina dentro de veinticinco minutos. ¡Nuestro Bello Durmiente del Bosque va a despertar! ¿Vamos?

Se levantaron, siguiéndole por el amplio pasillo del primer piso, hasta llegar al fondo, donde estaban los laboratorios y donde encontraron, junto a uno de los médicos del Servicio, el sarcófago en el que yacía el jorobado.

El doctor saludó a Callowan:

—Ya empiezan a sentirse los latidos, señor.

Donald estaba satisfecho.

—Bien. ¿Todo marcha normalmente?

—Sí. Pero nos ha sorprendido una catalepsia tan profunda, Donald sonrió.

—Este hombre —y señaló al que yacía en el ataúd— está acostumbrado a proporcionarnos sorpresas. ¡Lástima que todas ellas hayan sido desagradables!

Tom, que se había acercado a la caja para echar una ojeada, dijo:

—Es verdaderamente monstruoso. Nunca había visto a un deforme tan grueso como éste. Generalmente son delgados...

—Otra sorpresa más —rio Callowan—. Pero, en realidad, todo esto es apariencia. ¿No es así, doctor?

—Sí. Pero una apariencia lograda a costa de dolores y sacrificios.

—¡Ése es su único mérito. Este hombre es muy duro.

—¡Se está despertando! —exclamó, en aquel momento Marión, que se cogió al brazo de Dink, aterrorizada, recordando todo lo que aquel hombre le había hecho sufrir en el caserón de Los Ángeles.

En efecto, el jorobado abrió los ojos, todavía con una expresión ausente, que fue cediendo con rapidez, hasta que su mirada adquirió un brillo normal y terminó por sentarse en la caja, mirando, con expresión de duda, a los que le rodeaban.

—¡Hola, Ernie! —le saludó Callowan.

El jorobado se sobresaltó; pero, recuperándose inmediatamente, esbozó una cínica sonrisa.

—¿Ernie? ¡No conozco a nadie que se llame así! Y usted, amigo, ¿quién es?

—Luego se lo diré, Hobbs; ahora no corre prisa. ¿Conoce usted a

esta señorita?

Miró a Marión, pero ningún músculo de su rostro se modificó. Y con la misma sonrisa negó:

—No la he visto en mi vida.

—¡Qué mala suerte! Por lo visto, su catalepsia le ha hecho perder la memoria. Está bien, Ernie, le explicaremos las cosas para que vaya recordándolas.

—¡No me interesa saber nada!

—Es lo mismo. Usted se hizo aplicar una sustancia, en Los Ángeles, que le proporcionó un profundo sueño cataléptico, casi igual a la muerte verdadera, logrando así su primer y primordial objetivo: abandonar una ciudad en la que se le buscaba incesantemente...

—¡Muy interesante!

—Desde luego. Pero, sabiendo que la policía había establecido una vigilancia estrechísima, que iba hasta el reconocimiento de los cadáveres que, por cualquier motivo, salían de la ciudad, usted se habla desfigurado lo suficiente para que nadie reconociese, en su aspecto de ahora, al larguirucho y delgado Ernie Hobbs.

»Es cierto que se sacrificó de veras, haciéndose injertar un tendón bajo la piel de la espalda, de forma a adquirir esa joroba que, como el resto de la obesidad, se consiguió gracias a dolorosísimas inyecciones de parafina bajo la piel. Tuvo una gran voluntad, Ernie, pero de poco le ha servido.

—¿Quién fue el canalla que me vendió? ¿Ted?

—El mismo. Pero todo merece una explicación, ya que mi agente, Dink Wood, aquí presente, tuvo el mérito de forjar un plan audaz y peligroso para descubrir todo lo que nadie entendía.

Dink sabía muchas cosas ya. En realidad, la muerte de Sam, su falsa muerte, que inauguró la serie de los demás asesinatos y que fue seguida por la de su hermano Raph, por la esposa de Leo, planteaba a Dink un problema de «origen».

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tenía que haber algo que, desde un principio, hubiera coordinado el plan diabólico, cuyo objetivo era apoderarse, limpiamente, de la fortuna colosal de los Council.

Hizo una pausa; luego prosiguió:

—La cosa empezó hace mucho tiempo, cuando una mujer, cuyo

prometido acababa de ser detenido y enviado a Marte...

—¿Cómo sabe eso, polizonte?

—Sí ya me lo ha contado, Ernie.

—¡¡No!! ¡No es posible!

—Lo es. Elsie era su prometida, Ernie. Le ha querido siempre y se comprende el dolor que experimentó cuando usted fue detenido, juzgado y condenado a la prisión de Marte. Ella fue a verle tres veces. Y la última, hace cinco años, le dijo que había un hombre que la rondaba, un hombre que iba a heredar una fortuna enorme.

»Usted sabía perfectamente que jamás lograría escapar del Penal marciano. Yo he estado allí y he podido descubrir lo que pasó, gracias al detector de mentiras que llevé conmigo. Siempre ocurre igual, Ernie: cuando un penado se escapa, hay que pensar que alguien le ha ayudado.

»Y así ocurrió en su caso: un guardián le abrió el camino de la libertad, proporcionándole, además, un sitio en un astrocargo para que pudiera llegar hasta la Tierra.

»Claro que para lograr la ayuda del vigilante, debido a su cargo importante, tuvo usted que pagar mucho. Ernie: medio millón de créditos, Y fue precisamente el confesar que había recibido esa enorme cantidad lo que orientó mis investigaciones. Usted, cuando fue detenido, estaba arruinado por los costosos experimentos de aquella máquina que aprovechaba la energía del sol.

»Pero, mientras canto, Elsie había conseguido su objetivo y se había convertido en la esposa de un hombre Inmensamente rico, hijo de un fundador de escuelas técnicas, los Colegios Council que, quizá trastornado, había hecho un testamento raro, pero sin olvidar un detalle importante: dejar fuera de todo beneficio a Elsie.

—¡Fue un perro!

—No, Ernie: fue un hombre listo. Porque adivinó que la amabilidad de su futura nuera era algo oscuro, algo que escondía una ambición en la que contaba muy poco el amor hacia su hijo Raph. El viejo no se equivocó, como tampoco erró entregando la mayor parte de la fortuna a la única persona decente de su familia: Raph Council.

»Los otros dos no eran iguales, Ernie: Sam era un maquiavélico, un descentrado, un semiloco. Y Leo un vago, un débil, un hombre que hubiera malgastado el dinero junto a una esposa cruel,

estúpida, vulgar y tiránica. El viejo tuvo, estoy seguro, que pasar muy malos ratos antes de decidirse, a hacer un testamento que fuera lo más normal posible, y no una locura como lo juzgaron los demás. Tenía que dar el dinero a Raph y evitar que Elsie se apoderase de ello en el mañana.

»Soñaba, seguramente, con que Raph tuviese un descendiente; pero, previniendo lo que luego ocurrió, se dijo que era preferible que la fortuna, en caso de muerte de Raph, fuese a los otros hermanos e, indirectamente, a los hijos de éstos, esperando que las nuevas generaciones se limpiasen de los defectos de los padres.

—¡Pobre abuelo! —exclamó Marión, con los ojos arrasados de lágrimas.

—Si —siguió Callowan—, el abuelo hizo lo mejor que podía hacer. Pero no contaba con Ernie, cuya existencia ignoraba, así como su relación con Elsie.

»Ernie era, ante todo, un técnico, un maníaco de la ciencia. Y los años que pasó en Marte no fueron perdidos por él, ya que despreciando el fracasado proyecto de la propulsión de astronaves con energía solar, buscó una nueva aplicación, sin dejar de pensar en el colosal plan que podía sacar de la nueva situación de Elsie.

»Y ahora va a ser él quien nos dará detalles de su nuevo y diabólico invento. ¿No es eso, Ernie?

Hobbs asintió. Una triste sonrisa entreabría ligeramente sus labios.

—Veo que todo se ha perdido de nuevo, aunque todavía no sé por qué.

—Ya se lo diremos luego.

—Está bien... Desde siempre había tenido la seguridad de que la energía solar pondría a mi alcance algo nuevo, sorprendente. Y como dice usted, Callowan, despreciando la propulsión, que constituyó un rotundo fracaso, me dediqué a pensar en una nueva aplicación. Así llegó, calculando, en mi celda del Penal de Marte, a idear que la energía solar, madre de la vida, podría sustituir a ésta, anulando la forma de vida animal, claramente inferior si la comparamos a la de las plantas,

»Cuando llegué, a la Tierra y Elsie me proporcionó los primeros fondos, así como la casa donde llevé a cabo mis experimentos, no tardé en realizar los primeros ensayos en animales, viendo que esta

vez el triunfo era completo.

»¡Había conseguido injertar la vida vegetal en la animal, de forma que, independientes la una de la otra, podía mutilar a un animal, cortándole incluso la cabeza sin que la muerte se produjese inmediatamente. El principio era sencillo: una cajita, conteniendo una gran cantidad de energía solar, era colocada en una de las partes menos vulnerables del animal o del hombre: la parte inferior de una de las extremidades inferiores. Aquella energía regía la vida del animal o del hombre, dejando que éste o aquél dependiesen de su corazón, de su cerebro o de sus vísceras. A partir de aquel momento, podía lesionarse al sujeto, de cualquier manera, sin causarle una muerte inmediata. Claro que la muerte se producía, pero mucho más tarde, cuando agotada la energía vital del sol, el cuerpo volvía a depender de su forma normal de existencia.

—¡Fabuloso! —se admiró Tom.

—Sí —sonrió Ernie—. Era el sueño dorado de mi vida. Así pude fabricar asesinos invulnerables, todo lo que necesitaba para poner en práctica mi plan, que era el mismo que el de Elsie.

»Sam se dejó engañar, ya que me convenía empezar las cosas con sus ideas y su falsa muerte, precipitando la ambición de Leo. Por otra parte, gracias al dinero que Elsie me procuraba, pude convencer a unos delincuentes sin importancia, engañándoles y diciéndoles que iba a hacerles inmortales. Lo creyeron fácilmente cuando vieron las pruebas que hice, ante ellos con los animales de ensayo.

»Así pude hacer matar a Raph, aunque el hombre que le asesinó y que era mi primera prueba, no funcionó perfectamente y murió poco después, pudiéndolo recuperar, milagrosamente, gracias a la intervención de Ted.

»Ya comprenderán que no podía permitir que ninguno de mis asesinos fabricados cayese en poder de la policía, que hubiera descubierto enseguida las placas en los tobillos.

»Por eso, a partir del primer caso, doté a los hombres de una carga de explosivo que estallaba, automáticamente, cuando la vitalidad real estaba en peligro. Por eso no pudieron echar mano a ninguno de mis enviados.

—Es cierto —dijo Callowan—. Y de no haber sido por Dink, jamás hubiésemos descubierto la verdad.

Hizo una pausa; luego prosiguió:

—Wood recibió la confesión del portero de la casa de los Council que sospechaba que algo raro había ocurrido a Marión, a la que vio salir con Ted. Habiendo Dink, después de la conversación que tuvo con Elsie, que ésta le mentía y sospechando de ella, ya que fue a verla para decirle que Leo iba a ser trasladado aquella noche a Washington, lo que ella comunicó inmediatamente a Ernie, mi agente forjó un plan audaz y peligroso.

»Había hecho algunas importantes modificaciones en el coche que iba a utilizar, poniendo neumáticos macizos e instalando un depósito de alcohol que, en determinado momento vertería el líquido por una serie de conductos inflamándolo automáticamente dando así la impresión de que el vehículo ardía.

»Cuando los bandidos le atacaron Dink simuló el movimiento alocado de un coche cuyos neumáticos han estallado haciendo como si se estrellase contra la barandilla saltando al otro lado y escondiéndose en el pilar de la autopista.

»Los asesinos se acercaron acribillando el cuerpo de Leo que en realidad no era más que un maniquí repleto de vejigas llenas de anilina roja que dieron la ilusión de la sangre vertida por las heridas del choque y de los disparos.

»El verdadero Leo seguía en la Central de Los Ángeles.

»Dink siguió el coche de sus asesinos fabricados, Ernie, sabiendo que era la única oportunidad que tenía de saber dónde se hallaba el responsable de todo. Llegó tarde, en lo que respecta a usted, que salía, en aquel momento, en avión, encerrado en el ataúd, escapando a la vigilancia de la policía.

Wood descubrió lo de las plaquitas, matando a aquellos tres desgraciadas y salvando a la señorita Council. Luego, cómo ya puede imaginar, hizo hablar a Ted, permitiéndonos recoger el féretro cuando el avión llegó a Nueva York, deteniendo a Frank, que le acompañaba, enlutado como un sobrino afligido.

Ernie tenía en los labios la misma sonrisa triste.

—He perdido —dijo—, aunque hubiera debido ganar.

Y tras una pausa inquirió:

—¿Y Elsie?

—Detenida y esperando, como todos, como usted, la hora del juicio.

—¡Poca esperanza podemos tener!

—Ninguna —repuso Callowan—. No olvide que en el cementerio de Los Ángeles, bajo una simple lápida, hay un hombre que hace poco estaba vivo, lleno de energía y fe en el trabajo que hacía en pro de la paz de sus conciudadanos; se llamaba Mike Leslie. Y no descansará en paz hasta que los culpables de su muerte no hayan pagado su culpa...

EPILOGO

—¡Voy al agua, Dink!

Saltó Marión al agua, hundiéndose para reaparecer más allá, nadando después en la magnífica piscina.

Wood la contempló, desde la orilla arenosa.

Recordaba ahora, sin poderlo remediar, a otra mujer, que nadaba ágilmente, mientras Leo Council estaba allí, sentado a la orilla, temblando ante la amenaza horrible que Ted acababa de formularle.

Suspiró.

Marión regresaba, saliendo del agua y tendiéndose a su lado, sonriente, con las perlas brillantes que el líquido ponía sobre su piel morena.

—¿Qué te ocurre, querido?

—No es nada.

Ella rio.

—¡Vaya marido que me he echado! —exclamó—. Creí que ibas a ser más divertido.

La miró, sonriente, orgulloso de ella; pero, frunciendo el entrecejo, pidió:

—¿Me permites poner la radio, Marión?

—Naturalmente, tontuelo!

Dink oprimió el botón del minúsculo aparato que tenía al lado y poco después la voz del locutor rompió el paradisíaco silencio que reinaba allí.

—En estos momentos, señoras y señores, el jurado penetra en la sala y su representante se pone en pie, dispuesto a contestar a la pregunta de costumbre que le hará el presidente del tribunal. ¡Escuchen, por favor!

Un rumor apagado y luego, de repente:

—¿Ha deliberado el jurado?

—Sí, señor presidente.

—¿Y cuál es el veredicto para Ernie Hobbs?

—Culpable.

—¿Para Elsie Council?

—Culpable.

—¿Para Leo Council?

—Culpable, con atenuantes presentados por los psiquiatras.

—¿Para Ted Howe y Frank Dalby?

—Culpables, en segundo grado.

Un nuevo silencio; luego la voz del presidente:

—¡Ernie Hobbs, Elsie Council! ¡En pie! ¡Este tribunal os condena a la última pena, aplicando la ley vigente! Seréis conducidos a la prisión del Estado de Nueva York y de allí llevados la cámara electrónica! ¡Que Dios tenga piedad de vuestras almas!

Dink cerró el aparato.

Luego, con un susurro, dijo:

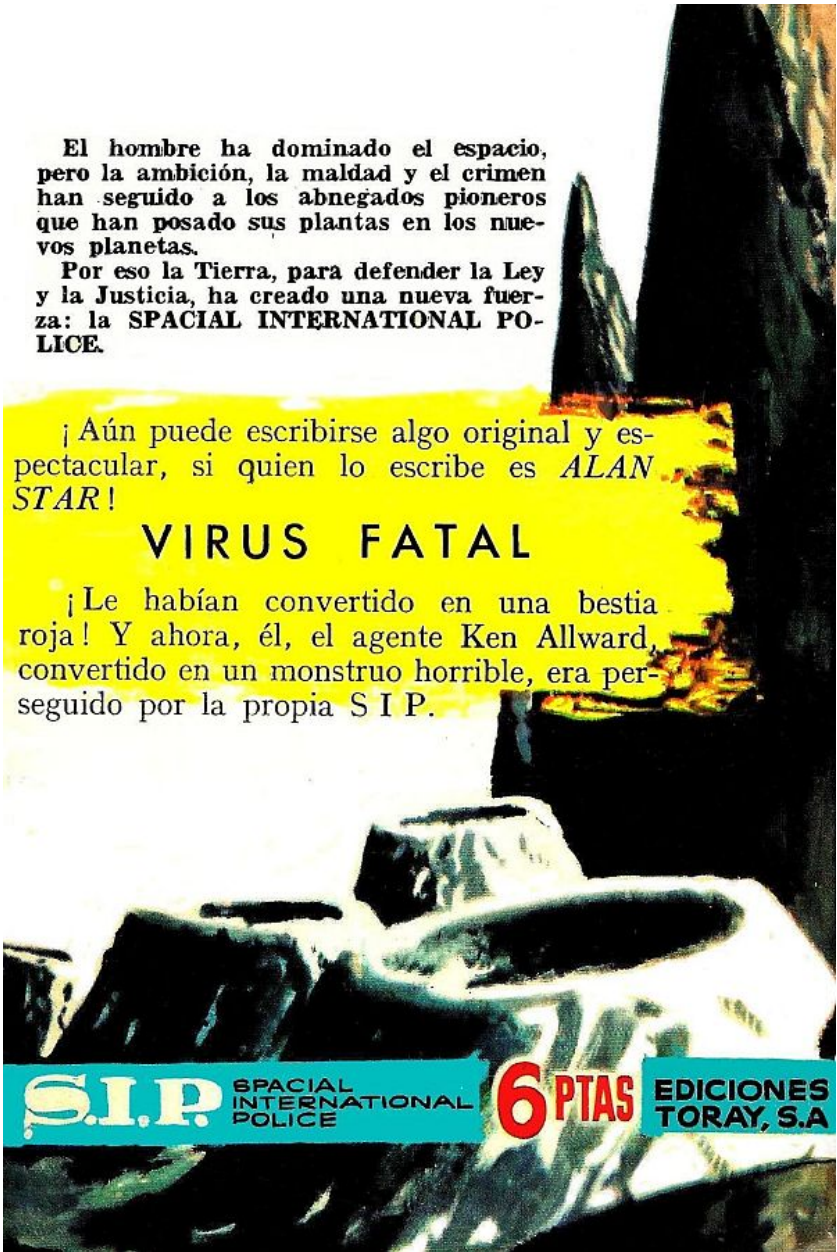
—Tu padre será condenado a algunos años, querida... Pero luego saldrá.

Ella lloraba.

Y Dink, inclinándose, la besó, dulcemente.

El agua brillaba, azul, reflejando el sol de aquella mañana, en aquel marco paradisíaco en que hombres y mujeres habían maculado su ensueño con ideas de muerte.

FIN



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la **SPACIAL INTERNATIONAL POLICE**.

¡Aún puede escribirse algo original y espectacular, si quien lo escribe es **ALAN STAR**!

VIRUS FATAL

¡Le habían convertido en una bestia roja! Y ahora, él, el agente Ken Allward, convertido en un monstruo horrible, era perseguido por la propia **S I P**.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.